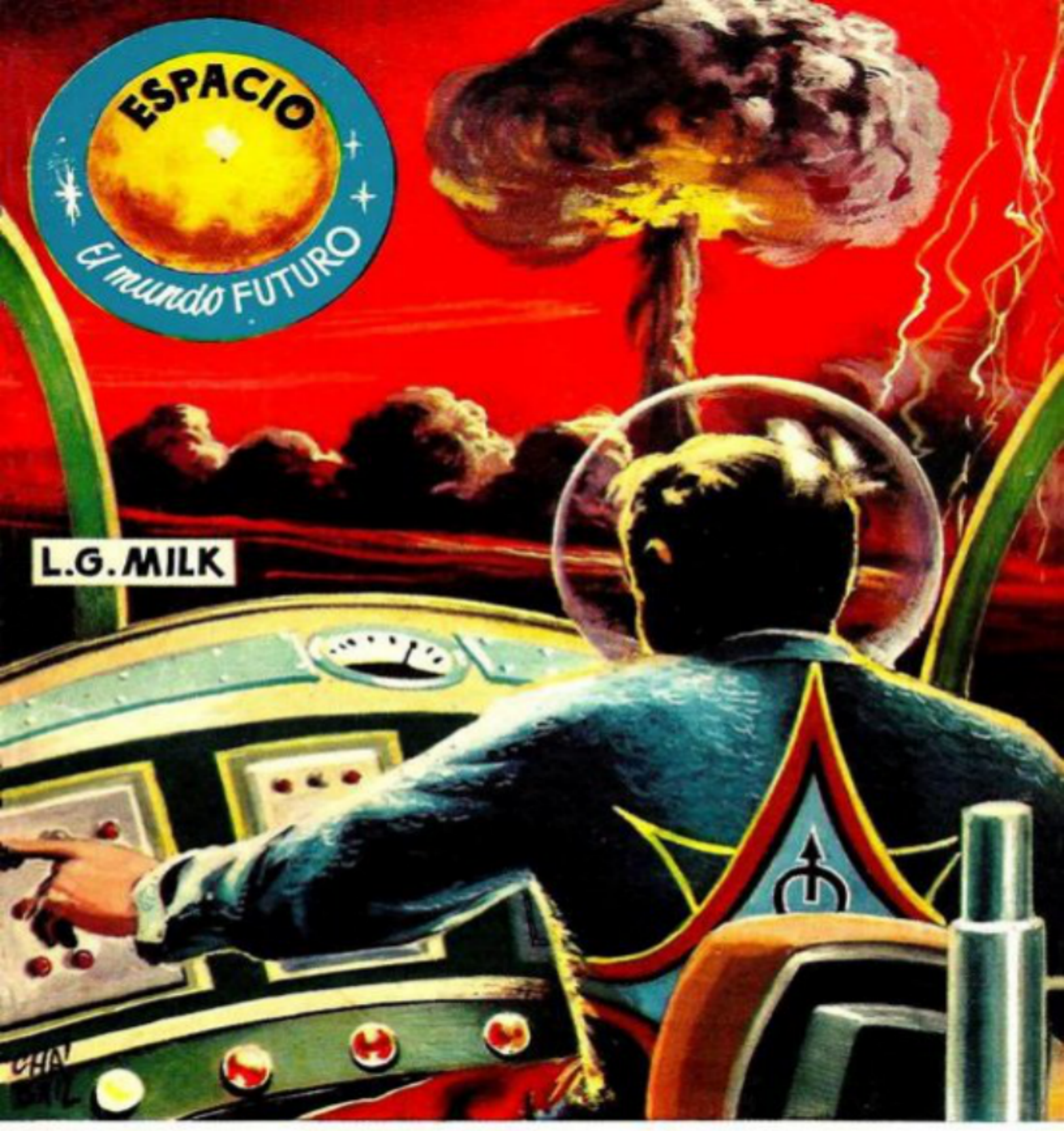


LA GUARDIA DEL TIEMPO

COLECCIÓN
E S P A C I O

La guardia del tiempo

por

Louis G. Milk

EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA. – Pasaje Nuria, 8 - BARCELONA

PREAMBULO

Por regla general, todos los organismos policíacos del mundo tienen en sus archivos algunos casos que, no solamente no han sido resueltos, sino que jamás podrán serlo, y cuya solución permanecerá en el más absoluto misterio para siempre.

Naturalmente, los Estados Unidos no podían constituir una excepción, y su famoso “Proyecto Manhattan”, como se denominó a la operación que, costando 2000 millones de dólares, culminó con la explosión, el 16 de julio de 1945, en el desierto de Nueva México, de la primera bomba atómica, estuvo a punto de fracasar rotundamente.

¿Quién o quiénes conocían la operación más secreta que jamás se ha llevado a cabo? ¿Qué nación tenía un sumo, enorme interés en torpedear el “Proyecto Manhattan”?

Los archivos del F. B. I. y de la Oficina de Servicios Estratégicos (O.S.S.) de los Estados Unidos, guardan en su seno una relación de hechos, cuya solución constituye aún hoy día un enigma, y que nadie ha conseguido explicar satisfactoriamente hasta el día de la fecha.

Sin embargo, hay un modo muy sencillo de saberlo y es, simplemente, humedecerse el dedo índice en la punta de la lengua y volver la página…

A mi buen amigo
Emmanuel Víncent,

EL AUTOR



CAPÍTULO PRIMERO



ENTRÉGUESE, Tom Sheridan ¡Entréguese y no insista en prolongar una resistencia que no tiene objeto! ¡Está completamente cercado y no puede evadirse!

Los bramidos del altoparlante se extendieron violentamente a través de la atmósfera de la noche, rasgada por los blancos cuchillos de los reflectores. Golpearen con dureza los muros de la pequeña casita y luego se desvanecieron en la negra lejanía.

Tom Sheridan se mojó con su lengua los resecos labios. Apretó con fuerza la culata de la pesada pistola automática con la cual había cortado el paso a todo aquel que había sido lo suficientemente loco para aproximarse demasiado a la casa. Dos o tres cuerpos, tumbados patéticamente en el suelo, denotaron bien a las claras su firme decisión de resistir hasta el último momento.

A 200 metros de él pululaban los guardias de uniforme, estableciendo una sólida barrera para los curiosos que trataban por todos los medios de presenciar el final de un drama cuyo desarrollo habían ignorado hasta entonces. Un poco más adelantados, hombres de paisano y de uniforme, armados hasta los dientes, mantenían el asedio del pequeño edificio, parapetados en la protectora obscuridad que les envolvía.

EÍ megáfono soltó media docena de ladridos más.

—Te. prometemos un juicio imparcial, con toda clase de garantías, Tom Siieridan. Sal de ahí, con los brazos en alto, y nadie hará fuego, contra ti.

Una indefinible sonrisa se dibujó .en los labios del sitiado. Sabía que no tenia salvación posible. Ni tampoco la deseaba.

Es más; lo que anhelaba era que los policías intentaran de nuevo otro avance, para darles así ocasión de matarle. No quería ser

apresado vivo, pues conocía las flaquezas de la carne y temía hablar demasiado, si era apresado con vida. Sabía que, de una forma u otra, estaba condenado a morir y quería hacerlo cuanto antes.

Tenía al lado una pequeña mesita, sobre la cual se divisaba un objeto que brillaba con una fosforescente luz azul, muy extraña, jamás vista hasta entonces. Aquello era lo que los policías querían coger, además de él, y Sheridan se dijo que lo tendrían, pero cuando él hubiera muerto.

—He fracasado en mi misión — murmuró—, y no puedo obrar de otra manera.

Oyó vagamente, sumido en sus amargos pensamientos, los bocinazos del altoparlante. Pero no Ies hizo el menor caso; sabía de sobra que todo cuanto estaban diciendo eran simples variaciones sobre el mismo tema.

—¡Que falta de originalidad! — murmuró, hastiado, contemplando de nuevo aquel brillante objeto azul.

A doscientos metros, la multitud, enfebrecida, se apelotonaba tratando de ver. Una sirena aulló, colérica, y la plebe se dispersó, abriendo calle. Un par de hombres, con aspecto de personajes de elevada graduación social, se apearon del vehículo.

Otro hombre salió a su encuentro.

—¿Cómo va eso, Martins?

—Lo tenemos cercado ahí, señor. Está seguro; no se nos escapará.

Uno de los recién llegados escrutó el panorama. Frunció el ceño al ver los cuerpos tendidos en el suelo.

—¿Muertos? — inquirió lacónicamente.

—Con toda seguridad, señor. Sheridan disparó primeramente contra Kubik y luego abatió a dos que intentaban recogerlo.

El prominente personaje lanzó un rotando vaco, muy en desacuerdo con su elevada condición.

—¡No se librará de la silla! —mascullo.

—Sí, Groves; pero después de que lo hayamos vaciado de todo cuanto sabe. Tenemos que pescarlo vivo, sea corno sea.— Y se volvió hacia el que parecía mandar las fuerzas de policía—; ¿Me ha entendido, Martins?

—Eso es, precisamente, lo que estamos tratando de hacer, señor. Pero me temo que nos cueste más vidas la cosa.

—¡No importa — exclamó Groves—. Sheridan es muchísimo más importante que todos ustedes juntos.

Martins respingó. Era un inspector del F.B.I. disciplinado y obediente, al par que valiente y astuto, pero jamás habla oído frases corno aquéllas; ¡Las vidas de los agentes del F.B.I. eran preciosas para la nación!, había oído decir desde hacia quince años. Y ahora, aquel tipo trataba ele derrocharlas come si fueran níqueles en una tragaperras de Las Vegas.

—Pero señor Groves...

¡He dicho que no importa! Sheridan tiene en su poder algo, muy importante para nosotros, danto, que acaso pueda constituir la diferencia entre la victoria o la derrota. ¿Comprende ahora, Martins?

El aludido abrió la boca. Aquella era demasiado, aun para su magnífica inteligencia.

—¡Diablos! — murmure, acobardado —. Señor Groves, no sabía que la cosa fuera tan importante. ¿Creo usted que está al servicio de... de...?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Y no lo conseguiremos si le matamos. De todas formas — se volvió hacia su compañero —, Sheridan está condenado a muerte, ¿no le parece, Wenrhein?

El aludido se frotó la mandíbula.

—Opino que sí. A estas horas tiene que estar ya saturado, empapado de radiactividad. Oiga, Martins, usted no ha oído nada de lo que hablamos, ¿entiende?

—Sí... sí, señor —tragó saliva el inspector del F.B.I., diciéndose que, a cada día que transcurría, la humanidad estaba más loca—. Bien, señor; con su permiso, voy a ver qué se puede hacer. Daré órdenes a mis hombres para que lo atrapen vivo, sea como sea.

—Y recuerde esto —le advirtió Groves—; la suerte de la guerra está en manos de Sheridan, por muy increíble que pueda parecerle, Martins.

—Sí, señor — volvió a asentir el inspector.

Y huyó desolado de aquel lugar. Empezó a increpar a sus hombres, y éstos, cautamente, reanudaron el avance hacia la casita, al mismo tiempo que el megáfono rugía intimaciones entremezcladas con súplicas.

Sheridan se apercibió de que ahora la cosa iba en serio. Guiñó

los ojos, deslumbrado por los potentes reflectores. Parpadeó repetidas veces, dándose cuenta de que varias siluetas negras corrían hacia él.

Levantó la pistola y apretó el gatillo en rápida sucesión. Uno de los hombres cayó, se retorció un momento, y luego se inmovilizó. Pero los demás seguían corriendo.

Vació el cargador, reponiéndolo con rápidos gestos. El avance seguía implacable. Suspiró, dándose cuenta de que acaso le quedaba ya menos de un minuto de vida.

Saltó bruscamente fuera de la ventana, enfrentándose con su destino. Un gigantesco alarido de la multitud brotó al instante. El megáfono pareció volverse loco.

—¡Cójanlo vivo! ¡No disparen contra él! ¡No disparen!

Los agentes del F.B.I. trataron de cumplir la orden, pero era difícil. Tuvieron que hacer fuego en defensa propia y Sheridan cayó. Groves maldijo abundantemente.

Wenrhein trató de calmarlo:

—Tienes que comprenderlo, Groves; los policías son humanos, ¡qué diablos!, y se necesita mucha fuerza de voluntad para resistir a un hombre que les estaba asando a tiros. Vamos a verlo.

Cuando Groves y Wenrhein llegaron a donde yacía el retorcido cuerpo de Sheridan, Martins salió de la casita con un objeto en las manos.

—Sheridan, tenía esto ahí adentro y...—empezó a decir.

Pero Wenrhein no le dejó seguir. Se enfureció horriblemente. Martins diría más adelante que jamás habla sido tan mal tratado como en aquella ocasión.

—¡Déjelo en el suelo, idiota! ¿Es que tiene ganas de morir después de haber salvado el pellejo? Kubik, la ambulancia y el coche especial, ¡pronto!

Este obedeció temblando, con las piernas convertidas en pura gelatina. Si ya el asunto, desde un principio, se había mostrado oscuro, ahora le parecía de todo punto incomprensible.

A pesar de todo, Martins trató de mantener su dignidad.

—Señor, recuerde que cuatro de mis hombres han muerto y que...

—¡Cuatrocientos debían haber, muerto antes de permitir que muriera Sheridan! — bramó Groves, echándose a un lado, porque

ya se oía la sirena de la ambulancia.

—Martins, entre ahí dentro—ordenó Wenrhein.

—¿Yo? ¿Por qué? — inquirió el inspector, atontado.

—Para que le curen, imbécil. No debiera haber tocado ese objeto con las manos. Espero que los médicos logren salvar su sucio pellejo. ¡Vamos!

La frente de Martins se cubrió de pronto de un sudor frío. Y su pánico aumentó cuando vio que el «coche especial», que en realidad era un poderoso camión de gran tonelaje, armado de una extrañísima grúa, dejaba en el suelo una pesadísima caja de plomo, al lado de aquel objeto que seguía fosforeciendo siniestramente.

Un par de hombres vestidos con batas blancas llegaron hasta él, arrastrándolo hacia la ambulancia. Pero Martins no quería perderse el final de aquello. Se desasió con violencia.

Un hombre, cubierto por un extraño y pesado, traje, avanzó hacia el objeto que brillaba. Tenía en las manos una larga pértiga, dotada en su extremo de unas tenazas. Sujetó con éstas el objeto brillante, y lo depositó sobre la caja de plomo, cuya tapa cayó al instante, manejada por la propia grúa del coche especial.

Unos cuantos especialistas sujetaron la caja de plomo al gancho, de la grúa. Ésta alzó la caja y la depositó en la caja del vehículo, el cual, acto seguido, partió inmediatamente. Todo esto lo presenció Martins completamente boquiabierto.

Un médico, con una caja en una mano y un cilindro en otra, se le acercó. El cilindro estaba unido a la caja por un cable flexible, y el médico lo paseó por el cuerpo del inspector, cuya cabeza parecía a punto de estallar de un momento a otro. La caja chirrió sonoramente.

A unos cuantos metros de él, Groves y Wenrhein suspiraban, aliviados.

—Menos mal que todo terminó ya.

—Sí; recuperamos la «cosa» que, en resumidas cuentas, era lo más importante.

Martins vio que, de la caja que sostenía el médico, salían unos extraños ruidos. Él no lo sabía, pero lo estaban examinando con un contador Geiger de radiactividad.

—Pero, bueno, doctor, ¿quiere decirme lo que me ocurre?

—Nada de particular, inspector, sino que es usted hombre de

suerte, sí, señor. Espero que salga con vida de ésta.

Martins dominó las ganas de sollozar que le habían entrado repentinamente.

—¿Es que no puedo saber qué es lo que ocurre? Me ordenan capturar a un hombre; éste mata a cuatro de los míos; me dicen que, aunque mueran cuatrocientos, es lo mismo; y ahora, yo... yo, por haber tocado ese trasto, ¡me envían al hospital! ¿Qué diablos ocurre, doctor?

El médico se encogió de hombros. Ya estaban dentro de la ambulancia y cerró la puerta.

—Nada— dijo—. Nada, excepto que están a punto de abrirse las puertas del infierno.

* * *

La habitación era muy espaciosa, y tres de sus paredes eran completamente transparentes, dejando ver un hermoso panorama, a trescientos metros más abajo, un panorama que en principio era urbano, y luego campesino, allá a lo lejos, dejando ver una tierra cubierta de verdor que contrastaba agradablemente con el impoluto azul del cielo.

La estancia estaba decorada con sencillo lujo y en ella había, en su centro, una gran mesa espejeante provista de televisores individuales, situados en sus bordes, rodeados de comodísimos sillones, de suaves pero alegres colores. En la pared opaca había una puerta, que se abría con frecuencia, a medida que distintos personajes iban entrando en la habitación, que era sala de reuniones y consejos.

Todos los personajes que entraban iban lujosamente ataviados, vistiendo túnicas de todos los colores del arco iris, holgadas, flotantes, las cuales les permitían una gran libertad de movimientos. Charlaban entre sí animadamente, pero un atento observador hubiera descubierto en ellos una ligera sombra de preocupación, que no podían descartar de sus fisonomías por más esfuerzos que realizaban.

Poco a poco, fueron tomando asiento en torno a la gran mesa, Pero no tardaron en ponerse en pie.

En la cabecera de la mesa había dos lugares vacíos, los cuales iban a ser ocupados por las personas que acababan de entrar, una

de ellas era un hombre. Éste era alto, fuerte, membrudo, aunque ya de edad madura, Sus rasgos fisonómicos parecían tallados a cincel en el duro metal de su severo rostro, orlado por una masa de revueltos cabellos entrecanos.

La otra persona era una mujer. De mediana estatura, parecía sin embargo más allá a causa tío la túnica gris acero que la llegaba hasta los finos tobillos, ornados con sendas ajorcas de oro. La túnica estaba sujeta a uno de sus hombros por un broche compuesto de una sola piedra, un diamante negro, de cegadores relieves e incalculable valor. Otro diamante similar aunque más pequeño, pendía del centro de la áurea diadema que ceñía su frente. En la mano derecha traía una especie dé libro de hojas de finísimo metal y avanzaba con grácil paso. Era muy bella, pero también muy inteligente, según denotaban los negros ojos que resplandecían en su hermoso rostro, aún más que los diamantes de su tocado. La larga túnica, que dejaba al descubierto uno de sus redondeados hombros, no lograba disimular totalmente la pureza de sus estatuarias líneas.

Él hombre de media edad se sentó en la presidencia, teniendo a la derecha a la mujer. Entonces se sentaron los demás, en número de ocho o diez.

Hubo una pausa de silencio antes de que el presidente se decidiera a hablar. Entonces dijo:

—Es inútil exponer los motivos por los cuales he convocado esta reunión de la Corte Coordinadora. Todos vosotros lo sabéis, ¿no es así?

Varios de los asistentes movieron cortésmente la cabeza,, asintiendo, el presidente, cuyo título oficial era el de Coordinador, prosiguió:

—En vista de ello, he considerado oportuno dejar que sea la Calculadora de Tiempos, Delma deth Bargen, aquí presente, la que nos dirija la palabra.

La mujer sonrió brevemente. Después, tomando el libro que había llevado, lo abrió y eligió una de sus páginas tras breve examen.

—Es de todos nosotros conocido el hecho de que ya hace muchísimo tiempo, tanto que se pierde en la nebulosa de los siglos, los humanos consiguieron desintegrar el átomo. Esto, que en

principio debiera haber sido empleado en el mejoramiento de las condiciones humanas, se utilizó en todo lo contrario: en su propia destrucción.

La voz de la Calculadora de Tiempos era dulce, agradable, de graves tonos, rica en sus inflexiones, pero al mismo tiempo denotaba energía e inteligencia reunidas, en un cuerpo dotado de todas las perfecciones físicas. Tras una breve pausa, apenas perceptible, Delma deth Bargen continuó:

—Tenemos nuestras máquinas predictoras, a base de las cuales está fundada nuestra civilización actual. No fallan; son unos instrumentos perfectísimos, y podemos confiar en ellas aún más que en nosotros mismos. Por ello es que podemos conocer la catástrofe que se nos avecina.

Hubo un movimiento de sorpresa y sensación entre todos los allí reunidos, uno de ellos alzó la mano, al mismo tiempo que miraba al presidente,

—¿Puedo hablar, Coordinador?

Este inclinó amablemente la cabeza.

—Por supuesto que sí; Hidos. Para eso estamos reunidos en este lugar: para ser informados y discutir luego las informaciones.

—Gracias, Coordinador. Lo que yo quería saber, si la ilustre Calculadora puede decírmelo, es de qué clase de catástrofe se trata.

Ella sonrió levemente.

—Una catástrofe sin precedentes, Hidos. Como todos sabéis, el espacio no está realmente vacío. Hay en él moléculas de cuerpos, gases, naturalmente, las cuales están separadas entre sí por distancias inconmensurables. Aquí, en la atmósfera de esta habitación, podemos sentir la existencia de dichas moléculas con sólo agitar la mano. Es muy fácil darnos cuenta de la realidad.

»Pero no ocurre así en el espacio. Suponiendo que en determinado lugar de éste abunden las moléculas, digamos de hidrógeno, estarán separadas entre sí por distancias que pueden alcanzar desde un metro a varios millares de kilómetros, esto último con más probabilidades que lo anterior.

»Todo lo que acabo de decir puede parecer árido, sin fundamento y propio de los estudios elementales de fisicoquímica. Yo os aseguro que no os semejará tal cosa, si os afirmo que en cualquier momento, a partir de un año, dos como máximo, alguien

puede hacer estallar los átomos que componen esas moléculas y provocar la catástrofe sin precedentes de que os he hablado.

Olvidando el protocolo, Hidos lanzó una exclamación de gran fuerza dialéctica. El Coordinador arrugó el entrecejo.

—Todo lo cual — siguió Delma impasible—, provocaría la destrucción total, absoluta, de una gran zona del espacio, una zona de enorme tamaño, cuyas dimensiones pueden, fijarse en varios centenares da años luz como, mínimo, con todo cuanto hay y existe en su interior.

CAPÍTULO II

E produjo en la estancia un intenso silencio, sólo comparable al que hubiera podido causar el golpe de un mazo sobre un enorme gong. Los rostros de los asistentes se atirantaron repentinamente.

— preguntó súbitamente, como un disparo, Hidos.

Delma movió la cabeza de arriba abajo.

—Si tengo confianza en mis máquinas, y he de tenerla a la fuerza, si. De lo contrario, tendría que considerar a Zidmos como un impostor.

Las últimas palabras de Delma sonaron como una terrible blasfemia. Zidmos había sido el inventor de las predictoras, y todo cuanto éstas, en respuesta a las preguntas formuladas, habían respondido, había sido siempre exacto. Esto ocurría desde hacía unos ciento cincuenta siglos. Y se habla considerado a Zidmos, más que como el inventor de las máquinas predictoras, como el fundador de la actual civilización del Universo.

—Oh, no —se estremeció Garve, Actualizador de Materia—. No, Zidmos no fue un impostor, Delma. Fue el más grande hombre que…

—Lo sé, Garve — contestó ella—. Por lo tanto, no puede haber la menor duda acerca de cuanto he afirmado, grabado aquí — y su índice, rematado por deslumbrante uña totalmente negra, señaló las metálicas páginas, del libro que tenía ante sí—, por la sección impresora de las máquinas. Nos está amenazando una destrucción total.

—¿Por medio de una anticuada reacción en cadena de los átomos contenidos en las moléculas existentes en el espacio? —sugirió Krobos, Distribuidor de Energía Másica.

—Exactamente. Muy anticuada, actualmente sólo útil como tema de estudios, pero no por ello menos terriblemente eficaz.

—¡Pero eso es imposible!—exclamó Yilas, Director de Transportes.

Delma frunció el ceño.

—En otra ocasión, Yilas, consideraría tus palabras como un insulto a Zidmos y a su memoria. No obstante, considerando que estamos aquí para discutir el tema, lo pasaré por alto.

Yilas enrojeció y agachó la cabeza.

Pero Hidos tenía otra pregunta que hacer.

—Dando por sentado que los átomos de esas moléculas puedan estallar y provocar el incendio total de una sección del Universo, al menos las predictoras habrán manifestado de qué forma va a consumarse tal desaguisado, así como el nombre de su autor.

—No. No lo han dicho. Las predictoras sólo trabajan con cosas, con materia exactamente. Pero nunca con nombres. No hay aún a pesar de todos los adelantos, máquina, más perfecta que la mente humana. Podrán ser más rápidas que un cerebro, por ejemplo, al calcular una serie de ecuaciones; pero las máquinas han sido siempre, son y serán, sencillas, sin doblez alguno. No tienen en el interior de sus complicados mecanismos la facultad de, digamos engañar. Quisiera haberme explicado mejor…

—Te liemos entendido perfectamente, Delma — dijo el Coordinador—, Prosigue, por favor.

—La energía atómica está desechada por inútil, anticuada, ineficaz y derrochadora de masa y energía—se anticipó Krobos—.

Es la energía másica la que ahora...

—Lo sabemos. Tampoco se usan los arcos y las flechas, y ni aun las piedras, pero convenid conmigo en que una pedrada o un saetazo bien asestados son capaces de fulminar a una persona tan eficazmente como lo haría una descarga de energía másica.

—De acuerdo, Delma. Por favor, no divagues más.

Una brillante sonrisa apareció en el hermoso rostro de la mujer, disipando las nubes que lo cubrían.

—Trato de evitarlo, Coordinador — repuso —. Bien, el hecho con el que nos tenemos que enfrentar es éste: la segura destrucción de la zona del Universo en la cual nos hallamos nosotros.

— ¡Una desintegración del espacio! — exclamó Qobar, Protector de Vidas Humanas.

—Exacto. Y, puesto que sabemos lo que ha de ocurrir, tratamos de evitarlo.

—¿Cómo?

—¿De qué manera?

—¿Se ha encontrado ya el remedio?

Delma movió negativamente la cabeza.

—No, por desgracia. Hablando con franqueza, nos hallamos totalmente inermes ante el peligro anunciado por las predictoras.

—¿Y esa destrucción es voluntaria o involuntaria? — inquirió Hidos, el cual, apresuradamente, aclaró su pregunta—; quiero decir si el que la va a causar lo hace inadvertidamente, en algún experimento, o, por el contrario, tiene plena intención de quemar el espacio con algún fin siniestro que nosotros ignoramos aún,

—Mucho me temo que sea, lo segundo. Hidos — contestó Delma tranquilamente.

—¿Es que hay algún insensato que quiera destruirse a sí mismo?

—Oh, no, no por cierto. Pero sí encumbrarse y adquirir una posición de la cual carece en estos momentos.

—En resumen — masculló Qodar—, por apetencias de poder.

—Exacto — contestó Delma.

—¿Y no se sabe quién es?—preguntó Yilas.

—Ni se sabrá jamás, a menos que él ejecute lo que yo me supongo.

—Lanzar una intimación — sugirió Qodar.

—Sí. Intimaros a entregar el poder y cedérselo a él.

El Coordinador frunció el ceño.

—Eso es imposible. Estamos aquí por la voluntad de nuestros gobernados.

—Todo lo cual le importa muy poco a ese misterioso personaje —repuso Delma.

—Pues entonces... ¿Y no se ha hecho nada aún para contrarrestar tal amenaza? — farfulló Garve.

El bello rostro de la mujer se ensombreció repentinamente.

—Sí — dijo con laconismo.

—Por tu expresión, deduzco que has fracasado — murmuró Yilas —. ¿De qué se trataba?

El esbelto seno de Delma se dilató al inspirar aire, como si tratara de tomar ánimos para la respuesta.

—Envié a un hombre al pasado, con el fin de retardar el descubrimiento de la desintegración atómica.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? Pero, ¡si la desintegración del átomo es la base de toda nuestra ciencia! Admito que los procedimientos atómicos — era Krobos el que hablaba—, son anticuados, inestables, y, sobre todo, peligrosos por la contaminación radiactiva, pero fueron la base para la utilización total de la energía contenida en la masa. Si interfieres los estudios que se realizaban...

—No trato de interferirlos, sino solamente de desviarlos.

—Explícate mejor— gruñó Yilas, muy molesto.

—Hace dos mil quinientos siglos existía un planeta cuyos moradores le daban el nombre de Tierra. En determinada época de su existencia, medio planeta se enzarzó en una feroz lucha a muerte con la otra mitad, y uno de los bandos contendientes logró hallar el secreto de la desintegración del átomo, lo cual, como es lógico, utilizó en sus armamentos, logrando así una reducción notable del tiempo del conflicto. Pero sus conocimientos aumentaron enormemente y de una manera peligrosa además, todo lo cual terminó con un atroz estallido, que eliminó toda vida animal de la superficie de dicho planeta. Mis pretensiones—siguió Delma—eran las de enviar dicho descubrimiento por otro camino momentáneamente menos peligroso: el de la energía másica. Naturalmente, si lo hubiera conseguido, el peligro de que antes os hablé, no existiría ahora porque sencillamente, se desconocería la desintegración del átomo.

—¿Y qué procedimiento empleaste para ello? — preguntó Krobos.

—Envié a uno de mis mejores agentes con tales fines.

—Y ese agente… no ha vuelto, ¿verdad?

Los ojos de Delma se empañaron repentinamente.

—¿Quién era? — preguntó Krobos implacable.

—Starr deth Bargen, mi marido — y de pronto, la valerosa, la enérgica Delma deth Bargen, escondió su cabeza entre las manos y rompió en sollozos.

* * *

Wildo deth Karvel. Capitán de Protección Humana, lanzó una sonora carcajada primero, y un durísimo puño después

Wildo deth Karvel era joven, alto de casi dos metros, pesando noventa kilos. Ya que en su esbelto cuerpo, de anchos hombros y escurridas caderas, se advirtiese una sola onza de grasa, pero tampoco sin que sus músculos formasen nudos retorcidos, como ocurría con todos cuantos abusaban en demasía del ejercicio físico. Sus revueltos cabellos castaños, muy cortos, albergaban bajo ellos un agudísimo cerebro, puesto de manifiesto por sus brillantes ojos grises, de los cuales no desaparecía nunca una chispa del mejor humor, ni aun en los momentos más difíciles.

Wildo deth Karvel vestía el clásico uniforme de los pertenecientes al cuerpo, de Protección Humana, cuyo Director era Qodar. Blusa y «shorts» negros, ceñidos por ancho cinturón del mismo color, del que pendía una pistola de energía y unas sencillas pero sólidas sandalias, ceñidas por unas finas correíllas a los tobillos. En el lado derecho de su amplio tórax se veían los distintivos de su cargo: dos círculos de oro, de unos seis centímetros de diámetro, en cuyo centro se veían sendas estrellas rojas de tres puntas, hechas de un brillante metal vitrificado, que despedían continuos fulgores.

El capitán deth Karvel volvió a reír cuando, por segunda vez, disparó su bien entrenado puño. Otros, en su lugar, no hubieran andado con tantas consideraciones; sin entretenerse en más, habrían fulminado, con una descarga de energía másica, al hombre que, subrepticiamente, había tratado de introducirse en un lugar solo accesible para un ciudadano de cada billón: el Laboratorio de Física Temporal, de Estelia, la capital del 8.° Universo.

—¡Idiota!—rio Wildo alegremente—. Creía que iba a poder salir con bien de la aventura. ¡Teniente Jaipo! —llamó.

El acudido se acercó, saludando respetuosamente.

—A la orden, capitán — dijo.

—Tu grabador de sonidos.

Jaipo sacó de uno de los bolsillos de su negra blusa una cajita, estrecha y plana, de unos cinco centímetros de longitud por dos de ancho y otros tantos de grueso. Se la acercó al capitán.

Éste la tomó y, oprimiendo un botón que había en un extremo, habló durante unos diez minutos, rápida y concisamente, pero con extrema claridad. Cuando terminó, devolvió a su subordinado el aparatito.

—Ahí tienes, teniente. Ese es mi informe. Entrégalo junto con el prisionero. Ellos sabrán lo que deben hacer.

—Pero... ¿y tú, capitán?

Wildo dejó escapar una sonora y alegre carcajada.

—Yo, amigo mío, tengo ahora algo más importante que acudir a la Central de Protección. Hay una persona que necesita ser protegida.

—¿De verdad? Puedo darte un par de mis hombres, capitán deth Karvel.

Wildo dejó asomar a sus expresivos ojos una nota de horror.

—¡Oh, no, qué espanto! Se echaría todo a rodar, ¿comprendes? Eso es algo personal, muy personal, querido Jaipo. ¡Hasta la vista! —y Wildo se alejó, destrozando con sus silbidos «Siglos y Galaxias», la actual melodía de moda.

La persona que necesitaba protección era rubia y de ojos azules y se hallaba ante una mesita aislada por dos mamparos en el «Masa y Luz». Wildo le guiñó alegremente un ojo, al mismo tiempo que se recreaba en la perfección de sus líneas,

—¡Hola, Lizia! Dispénsame por no haber venido antes; pero este empleo mío tiene obligaciones muy fastidiosas.

Los ojos de la rubia se iluminaron, Alargó el rostro y ofreció sus rojos labios al capitán, quien los besó sin el menor empacho.

—Siéntate, cariño, y no necesitas disculparte. A ti se te puede esperar hasta un par de siglos.

—¡Espacio, no!—rio fuertemente Wildo—. Sería ya un venerable anciano, con una barba hasta los pies y... ¿Con qué brebaje estás

envenenando tu lindo cuerpo?

—He tomado ya dos «Moléculas de Gloria». Aquí lo hacen estupendamente, ¿sabes, Wildo? ¿Quieres probarlo?

—¡Espléndido, Lizia! Que traigan otros dos, ¿eh? — y el poderoso brazo del capitán rodeó los esbeltos hombros de la muchacha, la cual alzó hasta él sus falsamente cándidos ojos, «¡Espacio, qué hermosa es la condena!», pensó Wildo, mientras la besaba de nuevo.

Luego quitó la manó de sobre el hombro de Lizia, La miró fijamente.

—Te traigo una sorpresa, cariño.

—¿De veras, Wildo?

El capitán le guiñó alegremente un ojo, en tanto metía la mano en uno de los bolsillos de su camisa. Extrajo de él una caja plana y alargada que entregó a la muchacha.

—Tómala. Ábrela tú misma.

Lizia vaciló. Al fin se decidió y cuando lo hizo una cascada de luz brotó del acolchado fondo de la caja.

—Oh, no, no, Wildo. Es demasiado hermoso para mí.

El capitán sonrió con suficiencia en tanto tomaba el deslumbrante collar y lo sujetaba en la esbelta garganta de la joven.

—Nada es demasiado hermoso para ti Lizia — dijo—. ¿Ya sabes que este collar tiene una extraña cualidad?

—¿Si, Wildo?

—Sí, Lizia. Sólo lo puede llevar la esposa de un deth Karvel. Mi madre también lo llevó, Lizia,

—Oh... — exclamó la muchacha, enormemente conmovida, tocando con las yemas de los dedos la parte inferior del hermoso collar.

Estaba a punto de echarse a llorar.

—Wildo... oh, Wildo...— gimoteó, pero de pronto sus pupilas se dilataron, mirando a un punto situado a espaldas del capitán. Éste frunció el entrecejo.

—¿Qué te ocurre, Lizia?

—Lamento interrumpir tan tierna como conmovedora escena, pero te necesito, capitán deth Karvel— dijo entonces una voz femenina.

Wildo se volvió como si le hubiera picado un áspid. Hubo de

contener un silbido de asombro al ver a la hermosa mujer que, cubierta por una rica túnica gris acero, sujeta a uno de sus hombros por un refulgente diamante negro, cuyo valor alcanzaba a la paga del capitán durante su vida, le miraba fijamente. Wildo se sintió molesto tras el examen,

Pero, correcto y educado al fin y al cabo, se puso en pie.

—¿Qué deseas de mí?

—Te necesito, capitán deth Karvel. Ya te lo dije antes.

Wildo sonrió.

—Lo lamento; pero creo que éste no es el momento,..

—Opino todo lo contrario, capitán — dijo fríamente la desconocida, cuya inmovilidad, a excepción de los movimientos de los labios y de los naturales de la respiración, era absoluta, «¡Espacio! ¿Por qué no la habré visto antes?», mascullo Wildo para sí.

Lizia se amoscó.

—Wildo, ¿qué quiere esta mujer de ti? — chilló.

—Hablar conmigo, preciosidad. ¿No lo estás viendo? — contestó el interpelado por encima del hombro.

—¡Qué frescura! ¡Por Canopus, que espere su turno! Ahora tengo yo la preferencia; ¿o acaso no soy tu prometida?

—Por supuesto, nena, pero no te preocu...

—Lo siento —cortó bruscamente la desconocida—; pero lo que tengo que discutir contigo, capitán deth Karvel, no admite demora.

Wíldo comenzó a impacientarse,

—Escucha, guapa; ahora yo estoy franco de servicio, No tengo otra cosa que hacer que no sea estar al lado de mi prometida. ¡Espacio!—gruñó, recurriendo una vez más a su exclamación favorita —; si tienes que hacer alguna reclamación, dirígete a la Central de...

Una pálida sonrisa apareció en el rostro de la bella desconocida.

—Es de allí precisamente de donde vengo capitán deth Karvel. Allí me dijeron dónde encontrarte y...

—¡Soplones!—mascullo Wildo —. Escucha, guapa, si te refieres al tipo ése que trataba de asaltar el Laboratorio de Física Temporal, ya lo tenemos y…

—No es de eso de lo que quiero hablarte, capitán deth Karvel, aunque probablemente tenga alguna relación con el suceso.

—Pues entonces, lo siento, guapa-—y Wildo se sentó, volviéndola deliberadamente la espalda;

No vio la mano de aquella mujer hasta que la tuvo delante de sus ojos, Y en la palma brillaba refulgentemente un disco dorado, con un círculo de estrellas verdes y rojas en su interior.

El disco desapareció rápidamente, pero no tanto como el gesto de Wildo al ponerse en pie. Enrojeció.

—Discúlpame, señora. Yo no sabía que tú...

—¡Silencio!—le cortó ella—. Sígueme — y girando sobre sus talones, sin molestarse en ver si el capitán la obedecía, porque estaba plenamente segura dé ello.

Wildo refunfuñó algo nada agradable para los miembros del Gran Consejo Coordinador del 8.° Universo en general y contra aquella mujer en particular, y dirigiendo unas cortas frases de despedida a la desolada Lizia, se encaminó hacia la salida del «Masa y Lüz», sorteando los numerosos grupos de bailarines que se agitaban al compás de «Siglos y Galaxias».

La calle resplandecía de luz, pero los ojos de Wildo captaron solamente la esbelta silueta de la mujer, en pie al lado de su coche, junto a la cual había un hombre vestido con el uniforme verde obscuro de los Protectores Exclusivos. El guardia permaneció inmóvil, como convertido en piedra, y lo mismo ocurría con el que se hallaba ante el puesto de conductor. El coche, sostenido por repulsión anti-gravitatoria, flotaba blando en el suelo, a unos cuantos centímetros de éste, balanceándose con extrema suavidad apenas perceptible. Dos metros más allá, millares de vehículos semejantes, circulaban, en ambos sentidos por la Gran Avenida de los Universos, con grandes velocidades.

Wildo recurrió a su exclamación favorita.

«¡Espacio! Esta tía debe ser un «pez gordo», y cuando vio que ella habla penetrado en el vehículo, la siguió. El guardia cerró la puerta, sentándose al lado de su compañero.

El coche arrancó a gran velocidad, apartando desconsideradamente a los otros con su sirena ultrasónica, no audible, pero registrable en los mandos de los vehículos. Avanzaron con terrible rapidez.

—¿Dónde vamos? — preguntó Wildo, tras no pocas vacilaciones.

Sabía que se exponía a una fuerte reprimenda al hacer la menor

pregunta a un personaje del calibre de la mujer de la túnica gris acero.

El tono de ella era helado, pero firme, al responder:

—A un lugar en el que tú has estado no hace mucho, protegiéndolo: Laboratorio de Física Temporal.

Wildo estuvo a punto de caerse hacia atrás a causa de la enorme sorpresa recibida.

—¡Espacio!—murmuró en voz alta, sin poderse contener.

La mujer sonrió levemente, sin hacer el menor comentario.

Durante unos momentos el silencio más absoluto reinó en el interior del cómodo carruaje, que avanzaba sin sacudidas ni movimientos desagradables, a una velocidad de trescientos kilómetros a la hora, sorteando magníficamente los naturales obstáculos del tránsito. Dejaron atrás la Gran Avenida de los Universos, y salieron fuera al campo, tomando la gravitopista número Seis.

Aquí se había reducido notablemente el movimiento de vehículos, por lo que, en el que viajaba Wildo ganó más velocidad todavía, alcanzando los cuatrocientos a la hora, Un tenue siseo, procedente del aire desplazado en la marcha, penetró en el confortable interior.

La gravitopista estaba brillantemente iluminada también, por lo que la visibilidad era perfecta. A lo lejos, destacando contra, el negro del cielo, se divisó la obscura silueta, punteada de brillantes cuadritos luminosos del moderno Laboratorio de Física Temporal.

El coche siguió su marcha, aproximándose a un esbelto puente que salvaba una angosta barrancada. Dos kilómetros más allá, se detendría.

Pero de pronto, Wildo y la mujer se sintieron proyectados hacía adelante con irresistible violencia. Las correas de sujeción se les clavaron cruelmente en la carne.

El conductor del vehículo salió bruscamente de su hierática inmovilidad. Aulló, empavorecido:

— ¡El puente se está hundiendo!

CAPÍTULO III



L conductor reaccionó rápidamente. Movió la barra de dirección, y el coche salió de la gravitopista, al mismo tiempo que perdía velocidad con terrible violencia a cada segundo que pasaba.

Pero, al salirse de la pista, fallaron las fuerzas que sostenían al vehículo en el aire, y la panza chocó contra el suelo, rechinando horriblemente. El coche botó y rebotó, levantando una verdadera nube de tierra y trozos de césped. Sus ocupantes fueron zarandeados y sacudidos sin compasión.

Cuando la marcha del vehículo fue detenida, volcó. Dio tres o cuatro enormes saltos, en medio de desgarradores crujidos de su estructura, y luego se detuvo.

Wildo sacudió la cabeza para rehacerse del momentáneo aturdimiento en que había caído. El coche, afortunadamente, aunque muy abollado, había quedado en posición normal, a corta distancia de la barrancada, y los ojos del capitán se dilataron al observar el pavoroso espectáculo que desde allí se estaba viendo.

El conductor había tenido razón. El puente se hundía; pero no en la forma ordinaria, deshaciéndose en fragmentos, sino derritiéndose, fundiéndose, como si, en lugar de estar fabricado con sólido cementoplástico, lo estuviera de metal. Y toda aquella colosal estructura estaba al rojo vivo.

Era una masa de miles y miles de toneladas las que, convertida en un ardiente líquido, espeso, mortífero, caía al fondo de la cortadura por la cual circulaba un caudaloso río. Chirriantes nubes de blanquecino vapor se elevaron de las aguas al ser abrasadas éstas por la candente masa que les caía encima.

Varios coches, sorprendidos por la inesperada catástrofe, se precipitaron también al fondo, fundiéndose con la hirviente lava del puente que continuaba cayendo. Los silbidos del agua vaporizada estremecían los tímpanos.

Haciendo un esfuerzo, Wildo se quitó las correas. Volvió la cabeza y vio a la mujer a su lado, con la cabeza caída sobre el pecho, con un hilillo de sangre cayéndole por una de sus mejillas, un examen somero le reveló que, por el momento, estaba viva.

Los guardias, en cambio, no hablan tenido suerte. Yacían en confuso montón en la parte delantera, absolutamente inmóviles, y muy pronto supo Wildo que aquellos individuos no volverían a moverse jamás.

En el destrozado tablero de mando, Wildo observó las espasmódicas titilaciones de una lamparita de color verde. Anunciaba las sirenas ultrasónicas de los primeros coches de protección.

Desciñendo las correas que aún sujetaban a la mujer al asiento, abrió la puerta y salió con ella al exterior. La depositó en el fresco césped y restañó la sangre que le corría por el rostro, observando que se trataba tan sólo de un leve rasguño. Buscó en el interior del vehículo y pronto encontró con qué practicar una cura de urgencia.

Entretanto, los coches acudían al lugar de la catástrofe. Había muchos más, como el suyo, volcados al intentar frenar, y era seguro que se habían producido numerosas muertes. Del río subía una cálida vaharada, provocada por la ardiente masa del puente, que aún tardaría mucho en enfriarse.

La mujer abrió de pronto los ojos. Los ojos inquisitivamente en Wildo. Éste sonrió.

—Tuvimos suerte, en medio de todo — dijo—. Salvamos el pellejo nosotros, pero tus acompañantes murieron.

Ella intentó sentarse y Wildo la ayudó.

—¿Te encuentras mejor?—preguntó.

—Sí... sí... gracias. ¿Qué ocurrió? Oí gritar al conductor y...

El pulgar del capitán señaló a sus espaldas.

—El puente. Se fundió — dijo lacónicamente.

Ella se estremeció.

—¿Cómo lo pudieron hacer?

Wildo se encogió de hombros.

—No lo sé a ciencia cierta. Pero en la forma en que lo vi derretirse y caer al fondo del río, es evidente que alguien debió depositar una carga de energía másica de gran tamaño.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! No estaba en el pellejo del criminal, pero te aseguro que si le echo mano...

Wildo se interrumpió. Un disco volante de protección Exclusiva voló en aquel momento sobre sus cabezas. Un megáfono lanzó una bramadora pregunta.

—¿Está por ahí Delma deth Bargen?

Ella alzó los ojos.

—Ayúdeme a ponerme en pie, capitán deth Karvel. Yo soy Delma deth Bargen, y esos hombres preguntan por mí.

Las cejas de Wildo se arquearon profundamente a causa de la sorpresa recibida, pero no dijo nada. Poniéndose en pie, tendió la mano a Delma. El disco, portador de su propia anti gravitatoria, acababa de detenerse a corta distancia de ellos. De su cúpula semiesférica salieron dos hombres, encaminándose hacia la pareja.

—¿Está ahí Delma deth Bargen? — inquirió uno de los del uniforme verde oscuro.

—Sí; y éste que se halla a mi lado es el capitán deth Karvel — contestó serenamente Delma —. Afortunadamente hemos salido ilesos y...

Pero Wildo no prestaba atención a las palabras de la hermosa Delma. Tenía sus ojos fijos en los dos hombres que avanzaban hacia ellos. Les notó algo extraño. Vio que vestían el uniforme de la Guardia del Tiempo.

Sin saber por qué, contuvo el movimiento de avance de Delma.

—Diles que se identifiquen — murmuró en voz baja.

—¿Cómo? ¿Qué? y en aquel momento, los temores de Wildo tuvieron plena justificación,

—Cargó con el hombro contra su femenina acompañante, derribándola sin piedad a tierra, al mismo tiempo que él también se dejaba caer. Las dos descargas másicas lanzadas per los guardias le pasaron por encima, a corta distancia de su rostro, abrasándole casi con su intolerable temperatura.

El suelo hirvió a sus espaldas. Pero no en vano Wildo era uno de los mejores Oficiales de Protección Humana. Antes de caer, ya tenía su pistola másica en las manos.

Oprimió salvajemente el botón de liberación de la energía, lanzando dos rayos deslumbrantes, de un intenso color escarlata, hacia los guardias. Los alcanzó de lleno.

Los cuerpos de los asesinos adquirieren súbitamente un intenso tono rojo, cortando en flor el alarido de agonía apenas lanzado, inmovilizados por la terrible descarga, sus cuerpos adquirieron el aspecto de sendas estatuas de fuego rojo.

Durante un largo segundo permanecieron así, inmóviles, como clavados en el mismo sitio. Luego, aquellos organismos humanos se derritieron, convirtiéndose en una especie de lava, de siniestro aspecto, que formó un espantoso montón escarlata en el suelo, abrasando todo cuanto tocaba. Delma se mordió los labios para no prorrumpir en un alarido de espanto. Conocía de sobra los efectos de una descarga másica en un cuerpo humano, pero era la primera vez que lo veía de un modo experimental.

Sonriendo con dureza, Wildo se puso en pie.

—Ahora—dijo—, ya sé por qué… mejor dicho, por quién hundieron el puente. Dame la mano, Delma.

Ella lo miró con ojos dilatados por el asombro.

—¿Es… estás seguro, capitán?

—Si no anda listo, a estas horas aún lo estaría más. Afortunadamente, esos dos tipos nos dejaron su cacharro, con lo cual podremos salvar el barranco y llegar al laboratorio.

—¡Es Increíble, Increíble! —murmuró Delma—. Pero, ¿quién ha podido desear mi muerte?

Wildo se encogió de hombros.

—No lo sé, pero, ¡espacio!, si le echo el guante… Tú puedes

deducir quién es el asesino, sabiendo los motivos. Yo los ignoro. Ignoro por qué tengo que obedecerte siquiera; conque, ya ves...

Durante unos segundos, Delma permaneció inmóvil. Luego dijo:

—Está bien; vayamos al laboratorio, capitán. Tengo que encomendarte una misión, y sólo en mis habitaciones particulares podré decirte de qué se trata.

* * *

Wildo deth Karvel tenía una vaga idea acerca de lo que era el Laboratorio de Física Temporal. Sabía que era una especie de fortaleza, compuesta de distintos, círculos concéntricos, de los cuales, los interiores eran solamente accesibles a muy contadas personas. Y la mujer de la túnica gris había llegado nada menos que al último de los círculos.

La imagen era real, no metafórica, puesto que el laboratorio era un colosal edificio, de no gran altura, pero de forma circular. La placa que tenía Delma deth Bargen fue una especie de «ábrete, sésamo», que les hizo franquear con la mayor facilidad todos los obstáculos, en forma de puertas fuertemente acorazadas y guardias armados de enormes pistolas, cayos depósitos rebosaban de energía másica, dispuestos a fulminar al osado que quisiera traspasar un círculo señalado para él como inaccesible.

Todo esto lo pensaba el capitán mientras, sentado en un cómodo sillón, en una de las habitaciones superiores del último círculo, sostenía en sus manos la copa mediada de un transparente líquido de purísimo color verde.

—«¡Espacio!—masculló—; esta condenada vive espléndidamente. Debe ganar un sueldo fabuloso» — y lo murmuró paseando su vista por la lujosa estancia, amueblada con tanto lujo como sencillez. A lo lejos, por uno de los muros, totalmente transparentes, se veía el estallido de luz que era Stelia, la capital del 8.° Universo.

Delma deth Bargen no tardó en regresar, y Wildo se puso en pie cortésmente, conteniendo el silbido de admiración que pugnaba por brotar de sus labios.

Ahora Delma se había cambiado de vestuario. Su esbeltísimo cuerpo estaba cubierto por una especie de mono de esponjoso terciopelo color escarlata, con vivos negros, y calzada con unas botas grises del mismo material, dotadas de una gruesa suela

elástica, absolutamente silenciosa. No llevaba puesta ninguna joya, pero Wildo se dijo que a la belleza de Delma le hacían tanta falta las joyas como a un pez un flotador neumático.

En completo silencio, Delma se sirvió otra copa de aquel exquisito licor. Antes de beber levantó la mano, mirando fijamente a Wildo,

—¡Porque tu misión sea un éxito, capitán deth Karvel!

Wildo respingó.

—¿Mi misión has dicho, Delma? ¿De qué Galaxias se trata?

Lo supo media hora más tarde y necesitó dos copas de licor para rehacerse de la sorpresa que le habían causado las pretensiones de la mujer.

—No son pretensiones — rectificó ella —, sino órdenes.

—¿Órdenes? Escucha, yo no pertenezco a la Guardia del Tiempo y…

—Ahora sí lo eres, capitán… mejor dicho, para abreviar te llamaré por tu nombre Wildo. Perteneces a la Guardia del Tiempo con el empleo de coronel. El Coordinador consintió en tu ascenso.

Wildo se pasó una mano por la frente.

—¿Yo… coronel… de la Guardia del Tiempo? ¡Espacio!, eso es absurdo, increíble…

—Tras maduras reflexiones y no pocos estudios sobre ti y tú historial, hemos decidido nombrarte encargado de dicha misión, Wildo. Llevamos ya algún tiempo observándote, no creas que nos hemos precipitado.

—De modo que me habéis estado espiando, ¿eh?

Delma asintió, sonriendo levemente.

—Ajá, Wildo, Tú viajarás por el Tiempo, hacia el Pasado. Reúnes todas las condiciones necesarias para triunfar en la misión que se te confía.

—¡Una Galaxia!—rezongó Wildo—. ¿Y si me limpian?

Delma arqueó una ceja inquisitiva. El capitán se apresuró a enmendar el error prosódico.

—Discúlpame. Quise decir: ¿y si me matan? Bueno, no es que me asuste la muerte, ¡espacio!… Uno ya sabe, cuando se enrola en Protección Humana lo que puede esperar; pero veo que dais mucha importancia a ese encarguito. ¿Qué ocurrirá si fallo?

—Prefiero no pensarlo — contestó Delma —. No obstante, estoy

segura de que saldrás adelante.

Wildo hizo una mueca.

—Quisiera estar ya de vuelta — murmuró, y ella se echó a reír, pero muy suavemente.

—Dicen que las mujeres de hace dos mil quinientos siglos son muy bellas.

—Pero tienen doscientos cincuenta mil años de vejez— se quejó Wildo.

—No lo notarás cuando llegues allí.

—A propósito, ¿cuándo es el viaje?

Delma se mordió los labios, meditando. Al fin, dijo:

—En cuanto se te haya puesto al corriente de lo que tienes, que hacer.

—Te advierto que sólo poseo los conocimientos corrientes de...

—Lo sé. Wildo; lo sabemos, mejor dicho. Pero eres valiente, audaz, enérgico y, lo que vale más que nada, capaz de tomar una decisión trascendental, sin tardar un segundo en inútiles discusiones contigo mismo,

—¡Hombre!, muchos gracias por los elogios. Pero con sólo esas cualidades, no lograremos nunca lo que se pretende.

—Te enseñaremos lo preciso y puedes estar seguro que cuando haya terminado tu aprendizaje, te asombrarás tú mismo de las cosas que sabrás entonces.

Wildo terció el gesto.

—Se pierde mucho tiempo...

—No con los métodos hipnopédicos de alta concentración que utilizaremos contigo, Wildo. Son rapidísimos,

—Bien; estoy de acuerdo con ello. Pero, ¿ya sabéis dónde se encuentra el lugar en que tengo que trabajar?

Delma asintió.

— Aporte de la distancia de dos mil quinientos siglos que nos separa de él, es un viejísimo planeta llamado Tierra, del Sistema Solar. Queremos impedir que conozcan la desintegración del átomo para, consiguiéndolo, evitar la catástrofe que se nos avecina en el Octavo Universo.

—-¿Y tú crees que en doscientos cincuenta mil años no va a existir un sabio que logre desintegrar el átomo? La Verdad, Delma; iodo eso me parece un poco fuerte.

—No, porque, haciéndolo del modo que deseamos, los habitantes de dicho planeta, los científicos, por supuesto, orientarán sus esfuerzos en otro sentido.

—En el de la utilización integra de la energía contenida en la masa.

—Exacto; y eso, que aunque parece sencillísimo, y en realidad lo es, resulta tocarlo algo muy complicado para sus mentes, con lo cual tardarían unos cuantas siglos en lograr lo que ambicionan.

—¡Espacio! La cosa es mus peliaguda de lo que parece. Dijiste que ya hubo un enviado y que fracasó.

El bello semblante de Delma se ensombreció.

—Si. Fue mi marido, Starr deth Bargen.

—Lo siento sinceramente — murmuró Wildo.

—Gracias. Él fue quien, trabajando en las máquinas predictoras, halló escrita la catástrofe que ha de suceder, a menos que evitemos el descubrimiento de la desintegración atómica, yo solamente era su auxiliar, pero estaba por completo al corriente de sus trabajos, y al morir él, el Coordinador, tuyo la gentileza de encargarme este servicio.

Wildo apuró la copa dejándola luego, en silencio, a un lado. AI cabo de unos momentos, murmuró:

—Pues, desde luego, hay alguien a quien no le interesa que se lleve a cabo esta misión, Delma.

—¿Lo dices por el ataque de que fuimos objeto?

Wildo asintió con la cabeza.,

—Sí. Primero fue la destrucción del puente por medio de la explosión de una carga de energía másica. Y luego, los dos oficiales de la Guardia del Tiempo que intentaron matarnos.

—Ya está enterado el Coordinador de lo sucedido.

.—Me parece muy bien, pero me gustaría más que se supiera quién es el fulano que intentó liquidarnos.

—Con toda seguridad, el que intenta hacerse con el poder.

—¿Para dominar nuestro Octavo Universo?

—Exacto.

Wildo soltó una maldición.

—En todas las edades y en todas las épocas tiene que haber maniáticos que... Bien, bien; lo importante es que, a partir de ahora, ese tipo no me pescará desprevenido.

—Lo celebro mucho, Wildo.

Deilma se puso en pie. El capitán la imitó.

—¿Dónde vamos ahora? — inquirió.

—A comenzar la primera sesión de hipnopedia, Wildo. Tienes que aprender muchas cosas para no hacer mal papel en la Tierra. O, por decirlo de otra manera, para que tu misión sea un éxito completo.

—Antes no me dijiste qué ocurriría si fracasase.

Desde la puerta de la estancia, los ojos de Delma se clavaron hondamente en los del capitán. Sus rojos labios se entreabrieron en una amarga sonrisa.

—Sencillamente esto: ya no habría tiempo de enviar a otra persona.

CAPÍTULO IV

DETH KARVEL miró la habitación en que se hallaba. Muebles ligeros y cómodos, brillantes superficies metálicas, y unos cuantos aparatos científicos cuyo uso, de momento, no supo adivinar, era todo cuanto había en la estancia de no grandes dimensiones, pero de alto techó.

En el centro de ella había un sillón, con el respaldo apenas inclinado, pero muelle y esponjoso. De los brazos del mismo salían varios tubos verticales, de brillante metal, unidos en su centro, por algo que parecían unos prismáticos de buen tamaño, aunque muy cortos. En uno de los lados de la habitación se veía una mesita con varios instrumentos médicos. En el lado opuesto, una cajita con varias subdivisiones convenientemente rotuladas contenían un montón de rollos de lo que Wildo, sensatamente, supuso eran microfilms destinados al estudio.

Delma, se lo confirmó.

—Sí, y además pasan delante del objetivo de la cámara proyectara a una velocidad de diez mil imágenes por segundo.

—¿Eh? ¿Cómo? Veré todo al «ralenti» — exclamó Wildo; pero ella meneó la cabeza sonriendo.

Se volvió de espaldas, trasteando en la mesita de los instrumentos médicos.

—No, porque aunque las imágenes, en primera instancia, serán percibidas por tus ojos, donde irán a parar será a tu subconsciente, en donde quedarán grabadas y registradas da modo indeleble, tal como si te hubieras dedicado al estudio durante largos años. Para eso — se volvió, fruncidas las cejas, comprobando el líquido contenido en una jeringuilla hipodérmica — te voy a inyectar.

Wildo respingó.

—No me gusta que me traten de cobayo — rezongó.

—Otros lo fueron antes que tú. La eficacia del superhipnotal está más que comprobada.

—¡Y con jeringuilla además!—.se horrorizó el capitán.

—¿No eres tú el hombre valiente que no le teme a la muerte? — ironizó Delma aproximándosele.

Wildo tragó saliva.

—Está el procedimiento a presión...

—Sólo útil en ciertas ocasiones no consideradas de la importancia de ésta, Wildo. Es preferible asegurarse y...

Wildo se estremeció al notar el pinchazo de la aguja en su brazo. Luego miró, fascinado, el lento descenso del émbolo, empujando dentro de sus venas un transparente liquido ambarino.

—Las imágenes de los microfilms — prosiguió Delma—, son proyectadas a una velocidad de diez mil por segundo, en lugar de las veinticuatro convencionales. Lógicamente, un hombre en estado normal no puede seguirlas con la vista, ya que no vería otra cosa que una luz blanca en la pantalla... — Delma sacó la aguja y frotó el lugar del pinchazo enérgicamente—. Pero el supernipnotal te sumergirá en un campo de tiempo subjetivo, con lo cual todo transcurrirá ante tu vista como si estuvieras viviendo en el centro del tiempo normal objetivo de ahora.

—Es decir que en un segundo — murmuró Wildo — veré... veré...—y guiñó un ojo, tratando de hacer un cálculo mental.

—No te molestes — dijo ella—; la proporción exacta es de uno a cuatro cientos dieciséis coma seis seis, etc., etc. Por cada segundo que permanezcas sumergido en el campo de tiempo subjetivo, transcurrirán, con un poquísimo error, prácticamente desdeñable, seis minutos y cincuenta y seis segundos de tiempo objetivo o real.

-—Lo cual da…

—Seis horas, cincuenta y cinco minutos y cuarenta y ocho segundos de tiempo real por cada minuto de tiempo subjetivo que permanezcas bajo la acción del supernipnotal.

—O sea, que en un cuarto de hora de proyección de imágenes…

—La cuenta es, casi con absoluta exactitud, ciento cuatro horas.

Wildo lanzó un agudo gemido.

—¿Y de cuánto tiempo real será cada sesión?

—Más o menos, de seis horas. En dos veces, por supuesto. Tiene que haber intervalo de descanso entre una y otra sesión, ¿comprendes?

—Y todo esto, ¿durante cuántos días?

—Un par de semanas.

Wildo volvió a gemir, hundiéndose aún más en el sillón.

—Ochenta y cuatro horas de tiempo real, que dan…

Delma lo recitó como sí se tratase de una lección recién aprendida.

Dos millones, trescientos noventa y seis mil, seiscientos cuarenta minutos; o treinta y cuatro mil, novecientas cuarenta y cuatro horas, lo cual equivale a mil cuatrocientos cincuenta y seis días.

— ¡Tres años, once meses y veintiséis días! —sollozó Wildo.

Delma asintió sonriente. Pero, de pronto, a Wildo se le ocurrió una idea que le hizo sudar copiosamente. Extendió acusador su dedo índice.

—Eso quiere decir que en dos semanas envejeceré cuatro años. ¡Y me los voy a pasar aquí, amarrado a este sillón! ¡Espacio, si crees que…!

—Nada de eso — murmuró ella —. Lo único que ocurrirá es que aprenderás todas las cosas que pueden serte enseñadas durante todo ese tiempo, contando con que no hicieras otra cosa en absoluto; ni aun dormir o alimentarte. Después, cuando hayamos terminado, te devolveremos tu tiempo.

— ¡No me hace falta! ¡Yo lo quiero ahora…! — pero de pronto Wildo notó que las piernas le flaqueaban.

Ella lo tomó suavemente por un brazo.

—Siéntate aquí, Wildo. Vamos a dar comienzo a la primera sesión. Historia del átomo — le pasó la mano por la frente y Wildo notó un singular alivio en aquel leve contacto, fresco y perfumado

—. La cosa empieza cuando…

Las palabras de Delma se fueron esfumando lentamente. Cuando ella observó que Wildo dormía, le acomodó bien la cabeza, colocándole luego, a ambos lados de los ojos los prismáticos, cuidando del enfoque correcto. Después; volviéndose, fue hacia una mesita situada a espaldas del durmiente y la colocó a un par de pasos del sillón.

La mesa tenía todos los adminículos necesarios para la proyección ultrarrápida de las imágenes. Delma colocó un rollo de microfilm en el proyector y, apretando un botón situado en la mesita, cortó la iluminación.

Al instante apareció en el muro frontero un rectángulo blanco, de unos sesenta centímetros de longitud por cincuenta de ancho. Un apagado silbido brotó del altavoz.

Delma sabía exactamente lo que estaba ocurriendo, aunque ella, sujeta al tiempo real, no podía verlo ni oírlo. A una velocidad cuatrocientas dieciséis veces superior a la normal las imágenes pasaban por la pantalla, lo mismo que los sonidos nacían del aparato reproductor de los mismos. Pero Wildo, sumido en el coma hipnótico, lo veía todo con absoluta normalidad y además sentía que todo cuanto veía y oía, se le quedaba grabado indeblemente en los huecos más recónditos de su cerebro. «¡Espacio! — masculló en su semiinconsciencia—, vaya un invento más maravilloso».

La inmovilidad del «estudiante» era absoluta. Delma comprobó el indicador de carga del proyector, y viendo que tenía aún de tiempo una hora al menos antes de renovarla, se separó de la mesita.

Se detuvo al instante, tropezando en un obstáculo, al parecer infranqueable: la ancha boca de una pistola de energía másica.

—Da la luz—dijo el hombre que sostenía el arma.

Delma no parpadeó tan siquiera.

—¿Qué es lo que pretendes?—murmuró en voz baja—. ¿Te has dado cuenta siquiera del lugar en que te encuentras?

El hombre rio guturalmente.

—Precisamente por eso estoy aquí. Vamos, la luz.

Delma obedeció en silencio, cortando al mismo tiempo la transmisión del microfilm. El silbido desapareció.

Había dos hombres en la estancia, vestidos con el verdoso

uniforme de la Guardia del Tiempo y los dos iban armados hasta los dientes. Parecían resueltos a todo.

—No os acerquéis al coronel deth Karvel. Está sumido en el coma hipnótico del tiempo subjetivo y podría morir si le despertaseis de un modo irregular.

—Es lo que deberíamos hacer — mascullló el tipo de la pistola. —: pero nos lo han prohibido.

Delma arqueó una ceja inquisitivamente.

—¿Entonces...?

—Los microfilms de estudio, ¡pronto!

—No podéis llevároslos; son propiedad del Laboratorio.

—¡Propiedad del Laboratorio, una Galaxia! ¿Dónde...?

—Aquí, compañero — dijo entonces el otro guardia—. No te molestes más.

—Ajá — sonrió el de la pistola.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una cosa muy anticuada: un trozo de papel con una larga lista de nombres y títulos.

—Toma, Frosh; compruébalo en la relación.

—Si, Lazdo.

Durante unos minutos el silencio más absoluto reinó en la estancia. Delma, desdeñosa, continuaba en pie, con los brazos cruzados, observando las manipulaciones de los dos individuos, en cuyos uniformes se veían distintivos de una alta graduación, «El asesino, sea el que sea, debe ser muy poderoso y nadar en dinero. Cuesta mucho sobornar a un oficial de la Guardia del Tiempo», pensó.

Unos minutos más tarde se rompió el silencio. Frosh dijo:

—Ya está todo, Lazdo.

—Bien, Frosh. Vámonos, pues.

El de la pistola se volvió hacia Delma.

—No intentes llamar, pues perderías el tiempo, Hemos cortado las comunicaciones y, además, hemos dejado en la puerta una carga de energía másica, para el caso de que intentes abrirla antes de un cuarto de hora.

—¿Y después?

—La espoleta se desconectara automáticamente y quedaréis libres. ¡Adiós, guapa! ¡Lástima que tenga prisa...!

No quince minutos, sino hasta casi tres horas aguardó Delma, y

entonces, saliendo de la inmovilidad en que había estado sumida durante todo aquel tiempo, se levantó y preparó otra inyección.

Unos minutos más tarde, Wildo abría los ojos.

— ¡Espacio!, qué pronto se ha pasado el tiempo.

Delma no contestó. Tenía el semblante muy serio.

—¿Te ocurre algo? — inquirió WUtío alarmado.

—Nada, excepto que hemos perdido cincuenta días de estudio.

— ¡Por todos los soles del Octavo Universo! ¿Qué estás diciendo, Delma?

La joven le contó en pocas palabras Io ocurrido. No le ocultó siquiera el gravísimo peligro que había estado corriendo durante la permanencia de aquellos individuos en la habitación de estudio.

Wildo sintió que le flaqueaban las piernas.

—¡Oh, no, eso es demasiado, Delma! Me alegro de que me lo digas, así podré largarme ahora mismo de aquí y...

—¿Serías capas de abandonarme a mi suerte? — dijo ella con tristeza.

—¿A tu suerte? Mira, Delma; yo no he venido aquí voluntario, lo primero; lo segundo...

—Todo el Octavo Universo puede arder, por culpa de un loco y un fanático, si nosotros no lo evitamos, Wildo.

—¡Pero es que lo que pretendes hacer resulta absurdo, infantil! Enviarme a un viaje en el tiempo, nada el pasado, solamente para interferir las investigaciones acerca de la desintegración atómica. ¿No comprendes que todo eso es ya sabido por demás? Si hasta los críos de pecho...

—Tú no lo eres y no sabes ni jota del asunto, Wildo — sonrió ella.

El capitán se puso encarnado hasta las orejas.

—Bueno, en realidad, yo siempre fui un mal estudiante. Pero ello no obsta para... ¡Espacio, es inútil, Delma!

—No, porque, si llegamos a tiempo a la época en que se logró prácticamente la fisión del átomo, conseguiríamos una concatenación de hechos que nos harían lograr el retardo de tales investigaciones; y así, de mente en mente, de cerebro en cerebro, el del hombre que quiere hacer arder nuestro Universo, estaría ahora virgen de todo conocimiento que no fuera el de la utilización de la energía másica.

Wildo sintió que la cabeza le daba vueltas.

—Todo eso es demasiado para mí, Delma; yo renuncio… Y además, si nos hemos quedado sin los microfilms, ¿Cómo vamos a poder estudiar?

La joven sonrió agradablemente.

—Eso—dijo—es lo que ellos creen.

—¿Cómo? — explotó el capitán.

—Que ellos creen que ya no tenemos los microfilms.

— ¡Pero si se los llevaron, tú misma me lo has dicho!

—Cierto; pero tengo un juego duplicado, exacto al que me sustrajeron y del cual nos serviremos. Lo hice más que nada por puro formulismo burocrático, pero ahora me alegro de ello.

Wildo la miró con admiración.

—¡Por los siete soles de Xizar! — exclamó—. Eres bella, pero aún eres más astuta, Delma.

—Gracias — murmuró ella sonriente.

—No hago más que decir la verdad. Y dime, ¿cuándo reanudaremos la sesión?

—Creía que eras opuesto al plan, Wildo,

Éste apretó los labios.

—Lo era, tú lo has dicho; pero sólo por darle en les dientes al tipo que intentó liquidarnos… Bueno, estamos perdiendo un tiempo que puede sernos muy precioso, Delma.

—Desde luego; pero no lo haremos aquí, sino en otro sitio donde no puedan encontrarnos.

—¿Quieres decir que nos vamos a ocultar?

—Exactamente.

—¿Dónde?

—En donde guardo los duplicados de los microfilms, Wildo.

—Me dejas igual que antes:—¡farfulló, molesto, el nuevo coronel de la Guardia del Tiempo.

Ella sonrió dulcemente.

—-No te enfades, Wildo. Sígueme, te lo ruego.

Salieron de la estancia y se dirigieron por un ancho corredor, a cuyo final estaba el ascensor que los llevo a la amplia asolea del edificio. Allí había varios discos voladores, y Delma, sin titubear, se encaminó a uno de ellos.

La joven se sentó en el puesto de mando, sujetándose con las

correas. Wildo la imitó, y unos segundos más tarde, el Laboratorio de Física Temporal no era más que una manchita circular en el brillante verde del suelo.

CAPÍTULO V

DOS horas más tarda llegaran a su destino. Estaba situado en la rocosa falda de una montaña árida y desnuda, como habiendo surgido recientemente del suelo merced a una espantosa convulsión geológica.

Con hábiles movimientos de sus manos, Delma orientó el aparato hacia determinado punto, sin reducir por ello la velocidad. Wildo se agarró instintivamente a los brazos del sillón.

— ¡Eh, que nos vamos a estrellar!

Rugiendo atronadoramente, el disco se abalanzó sobre la montaña. Ésta pareció crecer en proporciones aterradoras, y solamente fue en el último momento, cuando una negra boca apareció súbitamente en ella, gracias al deslizamiento de dos enormes muros rocosos a ambos lados.

El disco se introdujo en la cueva y frenó suavemente. La colosal puerta de tan extraño hangar se cerró por sí sola, dejándolos sumidos en las tinieblas.

Wildo notó el leve choque del disco contra el suelo. Delma apretó un botón y al instante se hizo la luz. Entonces, aquél lanzó

una exclamación.

Se encontraban en una cueva enorme, gigantesca, de irregulares paredes, brillantemente iluminada, en cuyo fondo se veía un muro liso de mampostería. Delma abrió la portezuela y saltó al suelo.

Lleno de estupefacción, Wildo la imitó.

—¿Dónde estamos? — inquirió.

—En nuestro... en mi refugio. Starr y yo solíamos venir aquí cuando teníamos graves problemas que resolver.

—¡Espacio! Sigo opinando que eres la maravilla de tú género, Delma. ¿No temes que nos hayan podido seguir hasta aquí?

Ella se encogió de hombros.

—No lo creo. Con toda seguridad estarán ahora muy atareados destruyendo los microfilms. Si hubieran sabido que yo los tengo duplicados, entonces los destruidos hubiéramos sido nosotros.

—Ño me lo recuerdes — se estremeció Wildo, y echó a andar, porque ya ella lo había hecho.

Al otro lado del muro, se encontró en un edificio, excavado en plena roca, cuyas instalaciones no tenían que envidiar en nada, a las que habían abandonado horas antes. Delma se dirigió en derechura hacia una puerta. Desde allí se volvió.

—Ahí encontrarás bebidas. Mientras tanto, yo prepararé algo de comer.

—Sí — se frotó Wildo las manos—; no hay que olvidar que me he tirado cincuenta días en ayunas.

Delma soltó una argentina carcajada y se metió en la cocina.

Diez días más tarde, los progresos que había hecho Wildo merced a la hipnopedia eran notabilísimos.

—Y no me siento envejecido — comentó, embaulándose un enorme trozo de sangrante filete. — Será por la comida, ¿no?

Delma se limpió cuidadosamente los labios.

—A todos cuantos son sometidos al coma hipnótico se les debe dar la comida en estado natural, Wildo; de lo contrario, su agotamiento sería cuestión de poco tiempo.

—De todas formas —dijo Wildo, mojando descaradamente un pedazo de pan en la salsa —, yo siempre odié los concentrados vitamínicos y calóricos. Hay en Stelia una tasca que...

Una semana más tarde, Delma dio por concluido el período de estudio. Puso la última inyección en el brazo de Wildo y éste abrió

los ojos.

—Bueno — exclamó satisfecho —, ya estamos, ¿no es cierto?

—Sí, Wildo. Puedes partir cuando quieras.

—¿Desde aquí?

Delma meneó la cabeza.

—No; hemos de volver al laboratorio.

—Entonces se enterarán de que todos sus esfuerzos han sido baldíos, Delma.

—Pero ya no podrán nada contra nosotros.

—¿Por qué?

—A no ser que suframos un nuevo ataque en ruta, el que sea no osará entrometerse con la máquina del tiempo.

—¿Tan difícil es?

—Sí. Sólo hay una en todo el Octavo Universo y a ella sólo tiene acceso el Coordinador, en unión precisamente de todo su Gabinete, además, naturalmente, de los sujetos que van a efectuar el viaje.

—¿De los sujetos? — dijo Wildo, mirándola oblicuamente.

Ella enrojeció levemente. «¡Espacio, así está más bonita que nunca!», murmuró para sí Wildo deth Karvel.

—Sí. Yo te voy a acompañar en el viaje.

—¡No!—gritó él, estupefacto y horrorizado.

—¿Por qué no he de poder ir yo? — preguntó ella, arqueando una ceja.

—¿Y por qué has de ir?

—Porque no podemos arriesgarnos esta vez. Ten en cuenta lo que te dije en cierta ocasión: no podemos fracasar, porque ya no habría más tiempo de enviar a nadie.

—Pero es que yo no puedo consentir en que tú corras ese riesgo.

Los grandes ojos de Delma lo miraron fijamente.

—¿Por qué, Wildo?

Éste se puso colorado hasta las orejas. De pronto, lanzando un suspiro, extendió sus manos y tomó a la joven por los hombros.

—Porque yo no lo quiero, Delma.

—¿Tú? — sonrió ella de un modo extraño—. Olvidas que eres mi subordinado. No puedes impedirlo.

—¿Estás segura de ello? —las manos de Wildo tiraron hacia sí y Delma se encontró de pronto muy junto al hombre.

—Wildo, por favor — suplicó.

El coronel bajó la cabeza.

—Si alguno de los dos ha de jugarse el tipo — dijo—, ése soy yo. Y tú me esperarás aquí y a mi vuelta, yo te diré...

—¡Wildo, por lo que más quieras!

El joven sonrió, meneando la cabeza.

—No, Delma,

—Estás prometido, Wildo, recuérdalo.

Una leve sombra pasó por la frente del joven, disipándose casi al instante.

—¿Lizia? ¡Que se vaya a la Quinta Galaxia! Delma, sólo tú,..

La mujer flaqueó. Se notaba muy pequeña y muy débil en los brazos de Wildo. Deseó resistirse, pero al mismo tiempo le agradaba dejarse llevar.

—¡Wildo! —suspiró, y entonces sintió en sus labios la dulce presión de los del joven.

El éxtasis fue brevísimo. Apenas un segundo! Súbitamente, la tierra tembló.

Allá, a lo lejos, se oyó un sordo fragor que fue aumentando rápidamente, hasta convertirse en una espantosa detonación, muy amortiguado su estrépito, no obstante, por la espesura de los muros rocosos que las separaban del exterior. Pero la trepidación del suelo fue notada perceptiblemente.

Se separaron, mirándose intrigados a los ojos.

—¿Un temblor de tierra? — inquirió él, atónito, todavía con un brazo alrededor del esbelto talle de Delma.

Él bramido se repitió nuevamente. Ahora ocurrieron otras cosas.

Fuertes crujidos y sonoros estallidos conmovieron el interior de la caverna. Un vidrio se rompió estruendosamente.

Delma echó a correr hacia una habitación vecina, Wildo la siguió presuroso. Había allí varias cámaras de televisión con sus objetivos fuera, en algún punto de la montaña y en ellas se veía reflejado cuanto ocurría en el exterior.

La mayoría de las pantallas estaban dotadas de mando telescópico. La pareja vio evolucionar rápidamente unos cuantos discos que picaban sobre la entrada disparando pesados cohetes contra ella. Y cada vez que une de dichos artefactos hacía explosión, la tierra, se conmovía profundamente.

Delma sonrió,

—Tenemos una ventaja a nuestro favor, Wildo, y es que nuestros atacantes han de utilizar proyectiles de tipo primitivo, so pena de contaminar radiactivamente un área muy extensa.

—Pero a fuerza de puñetazos la puerta se hunde — mascullό él.

—Nosotros nos iremos de aquí, antes de que tal cosa ocurra, Wildo.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Lo verás inmediatamente. Sígueme.

—¡Espacio! Me parece que tendré mucho de qué hablar si salgo con el pellejo intacto de ésta — refunfuñó el joven, pero obedeciendo, puesto que a fin de cuentas, era un hombre muy disciplinado.

Esquivando los frecuentes derrumbamientos qué ya ocurrían en el interior de la enorme cueva, los dos corrieron hacia el disco, que estaba aún en el mismo sitio en que lo habían dejado. Wildo se apercibió de que Delma, al pasar por el laboratorio de hipnopedia, se había apoderado de un pequeño maletín, cuyo contenido ignoraba, por su parte, llevaba la pistola, en la mano dispuesto a utilizarla en cualquier momento.

El fragor era ya espantoso allí. Delma se volvió.

—Ésa individuo, quienquiera que sea, es muy astuto. Puede decir que esos discos están haciendo prácticas de tiro, con lo cual ocultará sus verdaderas intenciones.

—Pero ¿cómo han descubierto nuestra cueva? — gritó él,

—Supongo que habrán empleado el radar de penetración. ¡Arriba!

Montaron de un salto en el disco, sujetándose con las correas. Wildo lanzó una objeción:

—Si salimos por donde entramos, nos van a asar vivos, Delma

Los dedos de la joven, rematados: ahora por unas largas uñas de color esmeralda, se movían ágilmente oprimiendo distintos botones del tablero de mandos.

—¡No te preocupes! — contestó, y en el mismo momento, Wildo creyó que se había dejado el estómago en el suelo.

Ascendieron en sentido oblicuo, con una inclinación de 45°, en dirección opuesta a la entrada. Wildo cerró los ojos, creyendo que se iban a estrellar contra el techo de la gruta, paro pronto se vio obligado a abrirlos, al ver que el disco continuaba su movimiento

de ascensión.

—¡Por todos los soles del universo! Delma; a cada minuto que pasa, te entiendo menos.

Ella le miró apaciblemente. El disco se deslizaba ahora, a toda velocidad, por una especie de tubo liso y negro, sin ninguna particularidad.

—Starr y yo preparamos esto hace mucho tiempo, en previsión de futuros ataques..., que ahora son presentes, Wildo. Presentíamos que no nos iban a dejar desarrollar nuestros planes en paz, y ya ves como nuestros presentimientos se han hecho realidad.

—¡Universo Cósmico! Vaya un par de cerebros. Por supuesto, los fulanos que mataron a Starr debían ser unos tipos listos, sin duda alguna.

—Lo eran—dijo ella con las manos crispadas —. Según la historia, los habitantes de la Tierra pertenecían a una de las razas más inteligentes y más feroces y despiadadas al mismo tiempo que jamás habitó ios Universos, Wildo.

—Todo lo cual quiere decir que nos va a costar un rato largo llevar a buen término nuestra misión, ¿no es así, Delma?

La interpelada no contestó por la sencilla razón de que en aquel momento hablan llegado al fin del tubo. Un brillante fogonazo de luz diurna penetró a través de la abertura, practicada en el momento justo, merced a los mandos fotoeléctricos del aparato, cuya velocidad aumentó terriblemente al surgir al espacio libre.

Wildo se volvió. Se apercibió de que estaban al otro lado de la montaña, por lo que no podían ser vistos por los atacantes, cuyos discos continuaban ametrallando la base del lado opuesto. Riendo alegremente, se recostó en su asiento. Miró a Delma que conducía serenamente.

—¡Espacio!— murmuró—, ¡Vaya chasco que se van a llevar cuando sepan que, al fin, nos hemos largado a un lugar situado hace unos mil quinientos siglos en el tiempo.

—Todavía te encuentras en Stelia, Wildo; de modo que no cantes victoria prematuramente — dijo ella con acento pesimista.

— ¡Pero triunfaremos!—contestó él; y agregó, seguro de sí mismo—: ¡A pesar de todo y contra todos, Delma!

* * *

El Coordinador cogió entre las suyas la mano de Delma. Wildo estaba a su lado, rígido, inmóvil, en posición de firmes, ante los miembros del Gabinete, reunidos en la Sala de los Viajes Temporales.

—Te deseo mucha suerte, hija mía. Consigue lo que deseamos todos y regresa pronto.

—Así lo espero, señor — sonrió ella —. Gracias por tus buenos deseos.

—Que hago extensivos al coronel Deth Karvel — dijo el Coordinador, mirando a Wildo—. Protege a Delma, coronel, y ayúdala a llevar a buen fin la misión.

—Así lo haré, señor, aun cuando tenga que dar mi vida por ella — contestó Wildo, y no había la menor sombra de exageración en sus palabras,

—Triunfa, y los cinco círculos estrellados de general te aguardarán a tu vuelta, coronel.

Garra, Krobos, Yilas, Hidos, Qodar y los restantes miembros del Gabinete les dirigieron idénticas o parecidas palabras, terminadas las cuales, Delma y Wildo se encaminaron a la máquina del tiempo y. se sentaron en los sillones que había frente a los controles.

Wildo farfulló algo acerca de la incomodidad que le suponía viajar con ropas como las que se usaban dos mil quinientos siglos antes, y luego empezó a manipular botones, contestando lacónicamente a las preguntas que le hacía Delma. Una semiesfera de brillante vidrio se cerró sobre ellos, aislándolos del resto de la estancia.

—¡Campo temporal!

—Campo temporal listo.

—¡Edad!

—Edad, corriente.

—Contador de siglos.

—Contador de siglos, listo.

—Graduador de años.

—Graduador de años, listo.

—Aislador espacial.

—Aislador espacial, corriente.

Delma lanzó otra pregunta y otra, durante un interminable rato, a todas las cuales contestó Wildo sin el menor titubeo. La enseñanza

Hipnopédica que había recibido le habla convertido en un magnífico piloto temporal, tan apto como si se hubiera pasado toda su vida manejando la máquina. No podían cometer errores, so pena de ser lanzados a una Edad diferente a la que ellos intentaban viajar.

Ya sólo faltaba una pregunta, la más importante, tras de la cual Delma daría la orden de viaje. Delma ladeó ligeramente la cabeza, y agitó la mano en dirección al grupo de personajes que les miraban curiosamente. Por mucha costumbre que tuvieran de ver una partida hacia una Edad distinta, el espectáculo, resultaba siempre nuevo y fascinador.

Delma abrió la boca y en aquel momento un pelotón de hombres irrumpió violentamente en la estancia. Todos iban armados con pistolas Másicas y comenzaron a hacer un pródigo uso de las mismas.

Cogidos por sorpresa, los miembros del Gabinete empezaron a caer.

Alguno de ellos estaba armado y contestó al fuego, derribando a alguno de sus atacantes convertido n una roja masa fundida. Pero éstos eran más y tiraban sin piedad.

— ¡Nos van a achicharrar!—gritó Wildo frenéticamente.

Una descarga chocó contra la cúpula transparente; enrojeciendo el punto donde había tocado. Pero el vidrio resistió.

Wildo lanzó un salvaje alarido y echó mano a su pistola.

—¡No! — gritó ella.—. ¡Déjalos! Nosotros tenemos que irnos, Wildo,

—¿Y cómo volveremos?

—Eso es cuenta mía.

—Krobos reculó, disparando su pistola ferozmente, y abriendo ancho claro en las masas atacantes. Éstas retrocedieron un poco, pero alguien les dio una orden y tornaron a la carga. Media docena de simultáneos disparos fulminaron al Distribuidor de Energía Másica.

Yilas, Hidos y Garve fueron abatidos también. El Coordinador, parapetado tras un grupo de máquinas, se defendía con las fuerzas infundidas a su espíritu por la desesperación.

La estancia se cubrió bien pronto de un espeso y nauseabundo humo, al mismo tiempo que el suelo se llenaba de unos repelentes

montones de color rojo, materia en estado de fusión, que luego se iba ennegreciendo a medida que perdía el calor original. Pero, poco a poco, la resistencia se fue eliminando.

—¡Rápido, Wildo! Contador de fechas.

Un par de disparos estremecieron la máquina. Gotas de vidrio fundido empezaron a resbalar hacia el suelo.

—Contador de fechas, listo!

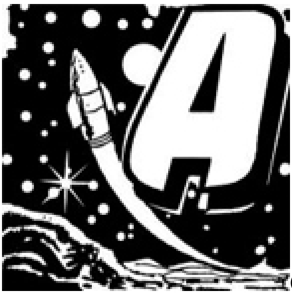
Más disparos. Ya sólo quedaban un par de atacados en píe, y más forajidos continuaban afluyendo.

Delma dio la última orden:

— ¡En marcha, Wildo!

El dedo índice del joven se apoyó con firmeza sobre un botón. El contador de fechas señalaba una: 15 de julio de 1945.

CAPÍTULO VI



AQUELLA playa estaba completamente desierta. En todo lo que alcanzaba, la vista, no se divisaba el menor signo de vida humana, animal o vegetal. Literalmente, la playa, recubierta de guijarros en lugar de arena, era un erial.

Hacia el interior, una fila de redondeadas colinas que iban alcanzando elevación a medida que ganaban terreno, cortaba la visión del gris horizonte. Y en el lado opuesto, un mar, tranquilo, apenas, móvil, pareciendo un; sucio metal fundido, se agitaba en breves estremecimientos que producían sordos ruidos al chocar sus breves olas contra los guijarros de la playa.

El cielo, sin fisuras, componía una plomiza bóveda sobre el siniestro paisaje, y una leve brisa pasaba por encima de la tierra y el mar, desnudos y estériles ambos, sin capacidad para dar ni mantener vida de ninguna clase.

La fría tranquilidad de aquel lugar se vio alterada repentinamente por un hecho insólito: un brillante fogonazo, que habría deslumbrado, con toda seguridad, al presunto observador que hubiera podido encontrarse en aquel lugar.

Disipado el fenomenal chispazo, por otra parte absolutamente silencioso, algo surgió sobre la pelada superficie de la tierra: una

brillante semiesfera de vidrio, conteniendo algo en su interior.

Delma y Wildo se miraron profundamente consternados. El paisaje, en verdad, resultaba deprimente.

—¡Espacio!—mascullló el joven—-. ¿Es aquí donde tenemos que empezar nuestras investigaciones, eh?

Por primera vez en mucho tiempo, Delma se sintió vacilante e insegura de sí misma.

—Esto... la verdad, Wildo... Aquí hay algo que no ha marchado bien.

El joven frunció el ceño.

—Lo mejor será que salgamos fuera — dijo, y manipuló en los mandos, con lo cual la cúpula se echó a un lado.

Para proteger la máquina, volvieron a cubrirla mediante el aparato de control remoto que ambos llevaban pendientes del cuello por una tira de plástico. Los oídos se les llenaron con el sordo rumor de las olas batiendo los guijarros de la playa.

—¡Universo Cósmico! ¿Dónde cien mil galaxias hemos venido a parar?

Delma parecía a punto de echarse a llorar.

—Oh, Wildo, Wildo, ese criminal ha logrado al fin salirse con la suya. Sin duda sus disparos de energía másica afectaron los delicados mecanismos del aparato y... y.., —los hipidos cortaron las palabras de la joven.

Wildo sonrió, rodeándole afectuosamente los hombros con el brazo.

—Bueno, bueno, no te preocupes. Lo principal es averiguar dónde estamos, ¿sabes?; y lo demás, ya vendrá por añadidura. ¿Te parece que echemos un vistazo a lo que hay al otro lado de las colinas?

Ella asintió, sonriendo a través de las lágrimas.

—Cógete a mi brazo — dijo él, mirando enfurruñado las ropas que vestía Delma—. ¡Espacio!, qué poco prácticos eran esos tipos vistiendo de esa manera tan antihigiénica.

Delma lanzó de pronto un grito y hubiera caído al suelo, de no sostenerle Wildo.

—No estoy acostumbrada a caminar con tacones — se excusó, señalando los de sus zapatos siglo xx, de tres pulgadas y medía de longitud.

Wildo lanzó una carcajada.

Dejando atrás la playa, caminaron, ascendiendo, hacía las colinas, a la cumbre de las cuales llegaron un par de horas más tarde. Delma, cansadísima, se sentó en el suelo y se descalzó.

—¡Uf! — gimió—. Estoy rendida.

Pero Wildo no contestó. Tenía el ceño muy fruncido, en tanto examinaba el panorama, tan desolado, como aquél que habían visto a su llegada. El suelo se extendía hasta el infinito, formando innumerables ondulaciones: que llegaban hasta donde alcanzaba la vista, sin que parecieran modificarse de manera alguna.

—¡Espacio, qué desolación, Delma! ¿No puedes conjeturar dónde nos hallamos?

Ella meneó tristemente la cabeza.

—Wildo, con toda seguridad ha ocurrido algo en la máquina.

—Pero podremos repararla, ¿no?

Delma asintió con precauciones. - Wildo se dio cuenta de que ella afirmaba más por tranquilizarle que por mera convicción. Soltó un taco de los gordos.

Delma se puso en pie, con los zapatos en la mano. Trató de contener valerosamente las lágrimas que pugnaban por acudir a sus ojos.

—Yo... oh, Wildo..., la culpa ha sido mía, por mi obcecación... Murieron todos los del Gabinete... ¿Para qué se me ocurriría consultar las predictoras?

—Si algún día vuelvo, concentraré todos mis esfuerzos en ser Coordinador y mandar que las destruyan— dijo Wildo con los labios muy aprietos—. Con lo bien que se vive sin saber lo que nos va a pasar al día siguiente.

—Pero no podía dejar que un loco destruyese el Octavo Universo.

—No es seguro — masculló él—. Eres una científica y, como tal, fiada demasiado de las máquinas, y de las cifras. Ese supercriminal destruirá el Octavo Universo solamente si se le niega el acceso al poder ¿Por qué no concedérselo?

Los ojos de Delma se iluminaron.

—¿Crees tú, Wildo?.

—¡Naturalmente! Luego se le suelta una descarga de energía Másica, ¡y listo! Muerta la rabia se acabó el perro, que me enseñó

esa condenada máquina dé hipnopedia.

Una sonrisa apareció en los labios de Delma.

—Entonces — murmuró — lo que deberíamos hacer es regresar a nuestra Era, Wildo, ¿no te parece?

—Y a toda prisa — contestó él, señalando con la mano hacia un punto.

Delma se estremeció. ,

Apareciendo y desapareciendo a medida que trepaban por las cumbres de las minúsculas colinas, cuyo aspecto más era el de dunas que de otra cosa, un grupo muy numeroso de siluetas corría hacia ellos. La débil brisa llevó hasta sus tímpanos una serie de gritos y alaridos acerca de cuyo significado no se podía dudar.

—Vienen por nosotros — exclamó Delma.

—Pues lo siento, pero no tengo ganas de complacerles.

Aquellos seres caminaban sobre sus dos extremidades inferiores y llevaban en la mano gruesos garrotes. Wildo estudió unos segundos el suelo y luego dijo:

—Me parece que ya sé dónde estamos, Delma.

—No tan cerca de nuestra máquina como sería de desear — repuso ella, un tanto intranquila.

— ¡Bah! No te preocupes; ya saldremos de ésta. Me parece que ya estamos en la Tierra.

Delma se sobresaltó.

—¿Tú crees?—inquirió dubitativa.

—Sí. Luego examinaremos el suelo con el micro-Geiger, pero estoy seguro que nos hallamos en ese planeta que te he dicho... después de una guerra nuclear que lo destruyó todo. Esos que se nos acercan deben de ser algunos de los escasos supervivientes que quedaron para contarlo... si es que saben, cosa que dudo. .

Wildo sonrió y luego hizo una cortesana reverencia.

—Señora, el coche aguarda --dijo, saltando a un lado cuando una piedra, lanzada con malignas intenciones, botó en el suelo a sus pies.

—¿Qué coche? —preguntó ella intrigada.

—Este — replicó Wildo, y la tomó en sus fuertes brazos.

Echó a correr, procurando poner la mayor distancia posible entre ellos y sus agresores. Maldijo abundantemente del calzado que llevaban los hombres del siglo xx, pero no por ello dejó de

mantener el ritmo de su carrera. Y aún le quedó tiempo para bromear.

—Señora, cuando llegues a Stelia, manda el coche a los talleres.

—¿Sí, Wildo?— sonrió ella.

—Sí. La suspensión es un tanto deficiente, ¿no crees?

Delma no contestó; pero sus ojos expresaron muchas cosas. De pronto Wildo lanzó un grito.

—¿Qué te ocurre?

—Esos tipos. Me acariciaron los riñones con una piedra de a kilo. ¡Qué falta de cortesía!

—Son los modales de una generación de supervivientes atómicos, Wildo, recuérdalo.

—Sí; y recuérdame también que les deje, antes de largarnos, un «Manual del Perfecto Anfitrión». ¡Espacio, cómo duele!

Esquivando corno podían las pedradas y recibiendo más de una, llegaron a la máquina, tras de cuya cúpula de vidrio se refugiaron. La semiesfera vibró musicalmente al recibir los primeros impactos geológicos.

Wildo empezó a manipular en los mandos, pero ella le detuvo con un gesto.

—¡Aguarda un momento!

—Si no quiero más que irme a veinticuatro horas antes — rezongó él.

—Espera — ordenó Delma—. Déjame observarlos, Wildo.

La turba de seres se arrojó sobre la máquina, golpeando brutalmente la cáscara de vidrio, sin lograr tan siquiera agrietarla. Wildo se cruzó de brazos, sonriendo sarcásticamente.

— ¡Dadle, dadle, chicos! Me parece que antes os romperéis los brazos que hacer una abolladura en este vidrio.

Por su parte, Delma, armada de una diminuta cámara cinematográfica, que usaba hilo magnetofónico en lugar de película, tomaba vistas do aquel grupo de extraños seres que vociferaban a más y mejor, aunque sus gritos llegaban al interior notablemente amortiguados a causa del aislamiento que era la cúpula transparente.

Seguro de su situación, Wildo hizo una sarcástica observación.

—¿No te sientes así... un poco... cómo lo diría yo... como si fueras un bicho raro y estuvieras en una jaula del Zoo?

Aquellos seres, de ojos profundamente hundidos en las concavidades orbitarias, parecían haber salido directamente de las profundidades de la Edad de Piedra. Manos y pies estaban cubiertos de durísimos callos, y su cuerpo, allá donde no estaba oculto por unas hediondas pieles, de desconocidos animales, asomaban largos y repelentes vellos, que les convertían, literalmente, en unos animales que tenían la facultad de la locomoción sobre sus extremidades inferiores, en lugar de usar las cuatro.

Al cabo de un rato, en sus torpes mentes entró la idea de que era inútil todo esfuerzo y se agruparon medrosamente a un lado, conversando guturalmente entre ellos. Delma conectó el audífono y un chorro de ininteligibles sonidos llegó hasta sus tímpanos.

—¿Qué están diciendo? — inquirió Wildo.

Ella se encogió de hombros.

—Capto algunas palabras de los idiomas que antiguamente se hablaban en este planeta, pero, tan deformadas, que no hay manera de identificar a cuál de ellos pertenecen.

—Bueno, y a nosotros, ¿qué Galaxias nos importa? ¿Vamos a seguir mucho tiempo aquí?

Delma arrojó una mirada al contador de fechas.

—Me parece que los disparos que nos hicieren averiaron los circuitos espaciotemporales, aunque en ínfima cantidad. Sugiero que marques la misma fecha, pero de doscientos años más tarde.

—¿Del 2.145?—inquirió Wildo.

—Exactamente.

—¿Tú crees que en doscientos años la raza humana ha podido experimentar tal atraso por muy gorda que haya sido esa guerra nuclear, Delma?

—Llegar al punto máximo de nuestra civilización ha costado nada menos que dos mil quinientos siglos. Alcanzar el bajísimo nivel de esas desgraciadas bestias de dos patas precisaría de no menos de tres o cuatro generaciones, Wildo.

Éste se encogió de hombros.

—Bueno, si tú lo dices... — y en aquel momento, uni vivido chispazo deslumbró a todo el mundo.

—¡Espacio! ¿Qué ha ocurrido?

Delma palideció. Su dedo índice, extendido, tembló.

—Wildo... ¡mira!

Wildo obedeció. Recorrió con la voz todos los sistemas galácticos.

A cien metros escasos de ellos, una segunda máquina del tiempo acababa de materializarse. La tapa semiesférica de vidrio se echó a un lado y media docena de tipos, armados con sendas pistolas de energía másica, salieron a todo correr del artefacto.

—¡Por los setenta soles de Hjazzar!—exclamó Wildo—. Más que una máquina del tiempo, parece un espaciobús.

—¡Aprisa, Wildo, aprisa! ¡Vienen por nosotros! — gritó ella angustiada.

El joven empezó a tocar botones, como si en lugar de un tablero, estuviera ante un órgano electrónico.

—Bueno, a lo que parece, ese tipo no quiere correr siquiera el riesgo de hacerse con el poder y que nosotros le agüemos la fiesta. Diciéndolo en dos palabras, le estorbamos.

Los individuos que habían salido de la máquina tiempo corrieron hacia ellos, disparando frenéticamente sus pistolas. Los salvajes, desconociendo el terrorífico poder de las máquinas con que tenían que enfrentarse, lanzaron horribles alaridos, al mismo tiempo que, enarbolando sus enormes garrotes, corrían hacia los recién desembarcados del siglo 2500.

Rayos de lo que parecía ser sólida luz roja brotaron de las anchas bocas de las pistolas, convirtiendo en rojas masas de carne derretida a los salvajes que eran alcanzados. Pero las piernas de éstos eran muy rápidas y, aun sufriendo numerosas bajas, se abalanzaron sobre los recién llegados.

Con perfecta sangre, fría, en tanto Wildo manipulaba los controles del aparato, Delma filmó la cruel pelea. Las imágenes de aquella sangrienta contienda quedaron plasmadas gráficamente en el hilo magnético.

Los garrotes y las piedras volaron por los aires, tundiendo cráneos y machacando costillas. Las pistolas descargaron su energía en altas dosis, pero era inevitable la derrota de los forajidos. Cuatro de éstos, horriblemente destrozados por las armas más primitivas que ha conocido la Humanidad, quedaron tendidos en el suelo, en medio de grandes charcos de su propia sangre.

El número de los salvajes había quedado notablemente reducido, pero, a pesar de ello, hicieron retroceder a sus enemigos, los cuales,

impotentes, hubieron de refugiarse tras su vítrea cúpula, en la cual les aguardaba un hombre, cuyas facciones no pudieron ser distinguidas por Delma y Wildo a causa de la distancia.

—¡Simpáticos hombres, de Neanderthal!—sonrió Wildo —. Jefe, todo está ya listo.

Delma cortó, dejando descansar la cámara sobre su regazo.

—¡En marcha, pues, Wildo!

Un segundo más tarde, la noche se hizo sobre ellos. Wildo parpadeó, asombrado.

—¿Habremos llegado ya?—preguntó estupefacto.

—Mira a lo lejos, Wildo—-dijo.

El joven obedeció. Ráfagas de luz, de forma alargada, rasgaban el horizonte, allá a lo lejos, vibrando espasmódicamente.

—Eso que ves — continuó Delma —, es una ciudad terrena, finalizando la segunda mitad del siglo veinte.

—¡Hum!—gruñó el joven—. Pues no está mal. ¿Vamos?

Ella se puso en pie, pero la mano de Wildo la obligó a sentarse.

—Los zapatos, Delma, los zapatos. No olvides que ahora eres una mujer del siglo veinte.

—Sí — contestó ella, sonriente—; y lo que más me molesta son los afeites y pinturas que me he visto obligada a utilizar. ¡Debo parecer una horrible máscara!

—Los tipos de este tiempo no opinarán igual, a buen seguro. Tendré que pasarme el día espantándote los moscones.

Ocultaron con ramajes la máquina, y echaron a andar a campo traviesa en dirección a las luces que se veían. Eran los reflectores que escudriñaban la noche en busca de los supuestos y posibles aviones atacantes.

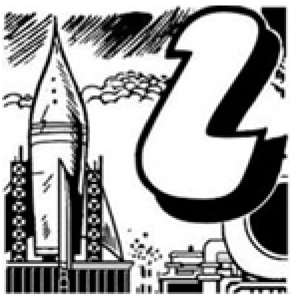
Un cuarto de hora más tarde, salieron a una ancha carretera, por la cual circulaban numerosos vehículos de carácter militar principalmente. Un asmático coche, ocupado por un granjero, les acogió amablemente, y les llevó hasta la entrada de la ciudad.

Los estudios que ambos habían realizado, les permitieron descifrar el nombre que había grabado en el rótulo, iluminado espectralmente por una azul luz de mercurio vaporizado,

SANTA FE, CAPITAL DEL ESTADO DE NUEVO MÉXICO.

Delma y Wildo se miraron, sonrientes. ¡Sabían que estaban a punto de alcanzar su objetivo!

CAPÍTULO VII



LAS averías sufridas por la máquina del tiempo habían determinado que Wildo y Delma llegaran a su punto de destino alguna fecha antes de la determinada.

Por otra parte, los Estados Unidos estaban a punto de dar término a los 2.000 millones de dólares que había costado el llamado «Proyecto Manhattan».

Pero todo esto le tenía perfectamente sin cuidado a Wildo. Ahora tenía una ocupación mucho más agradable.

Besó despreocupadamente la mejilla de la chica que tenía al lado, y luego, con pasos levemente vacilantes, se acercó a la victrola que había en el rincón del «Old Spanish». Metió por la ranura una moneda de 10 centavos, y al instante brotó del aparato una turbamulta de rítmicos sonidos. Una tal Carmen Miranda comenzó a derrochar su voz estrepitosamente. .!

—Preciosidad, ven acá —dijo Wildo, y tomando por el talle a la muchacha, comenzó a bailar una rumba con la misma gracia de un oso reumático.

Wildo se sentía a sus anchas, en tanto que danzaba, gritaba y aullaba, todo lo cual parecía hacer muy feliz la chica que tenía en sus brazos, y a las cincuenta personas que en aquellos momentos

había en el interior del bar.

Cuando se agotaron los 10 centavos de Música, Wildo arrastró a la chica hacia la barra.

—¿Qué tomamos ahora, monada?

—Otros dos Martinis, Wildo.

—¡Bien por los Martinis! Muchacho, ¿has oído?

Al lado de la feliz pareja, había un hombre de media edad, grueso, con aspecto de rentista, mirándolos sonriente a través de unas gruesas gafas con fino cerco de oro. Alguien había puesto otra vez en marcha la victrola y el tipo nevaba el compás de «La Raspa» con las yemas de los dedos.

—Polly, tengo que confesarte una cosa — dijo Wildo, embaulándose la mitad de su Martini.

—¿Qué, Wildo? Oye, ¿sabes que me gusta mucho tu nombre?

—¡Universo Cósmico! — rio el joven —. Eres la chica más encantadora con que me he topado en dos mil quinientos siglos.

,—¡Dos mil quinientos siglos!—rio Polly Bushman—. ¡Qué gracioso eres, Wildo! ¿De dónde has salido?

Ei joven hizo un gesto vago con la mano.

—De por ahí — dijo.

—Ah, ya comprendo. Del Pacífico, ¿no? ¿Qué eres, marinero u oficial?

—Solamente marinero — contestó cautamente Wildo. «¡Espacio!, ¿qué diablos querrá decir eso?»

—Bueno, para mí es lo mismo —dijo Polly—. Lo importante es que eres un chico muy simpático.

—Y tú muy bonita, Polly. Oye, ¿sabes que me gustas?

Ella se apretó mimosamente contra él.

—¿De veras, Wildo?

—Palabra de coronel de la Guardia del Tiempo.

Polly frunció el entrecejo.

—Pero ¿no me habías dicho que eras soldado raso?

Wildo se dio cuenta del resbalón que había cometido. Buceó desesperadamente en su memoria, y no tardó en dar con la solución.

—¿No has leído las historietas de Flash Gordon? Tenemos un club de amigos que nos damos títulos así y cosas por el estilo, ¿sabes?

Polly palmoteo alborozadamente.

—¡Qué bien, Wildo! Entonces, ¡yo seré una princesa de Júpiter!

—Y yo el jefe de tu Guardia Sideral, hermosa, que acaba casándose con la princesa.

—¿Lo dices de veras?

—¡Pues claro que sí, nena! ¿Por qué había de engañarte?

El engañado era el propio Wildo, quien había calculado mal su capacidad receptiva por no haber sido contrastada con la explosión de un Martini. Sonrió turbiamente.

—Te lo voy a demostrar, ricura.

Y metió la mano en el bolsillo y sacó una caja plana, cuya tapa abrió.

Polly contempló fascinada el refulgente collar quo había sobre el negro terciopelo.

—-¿Es... es pa... para mí...? — balbució mirando a Wildo.

El tono de Wildo no podía, ser más solemne al contestar.

—¡Desintegración atómica! Un collar como este sólo lo puede llevar la señora Karvel.

—¿La... señora... Karvel?

Wildo no se fijó en que algunas de sus palabras habían sido oídas por el tipo de los lentes de oro y que éste, tras fruncir el ceño, había salido, a toda la velocidad compatible con su corpulencia, hacia la cabina telefónica más próxima. Dejó la caja sobre el mostrador y tomó el collar con ambas manos.

—Querida Polly, éste es el collar que han usado todas las mujeres que han entrado a formar parte de la familia de los Karvel. Mi madre también lo llevó, ¿sabes?

Polly parecía a punto de echarse a llorar.

—Oh, no... Wildo, esto es demasiado para mí...

—Puede estar segura de ello, señorita — dijo de pronto una voz femenina.

Wildo se volvió como picado por un áspid.

—¿Eh? Ah, hola, Delma. Delma, te presento...

—Sobran las cortesías. Wildo, sígueme.

Polly abrió mucho los ojos.

—Wildo, ¿quién es ésta?

—Nadie que a usted le importe, señorita — contestó Delma con voz helada— Wildo, vamos.

El joven enrojeció hasta las orejas.

—¡Espacio, no! Delma, ten un poco de paciencia y...

Pero Delma llevaba la mano derecha metida en un bolso completamente terrestre y frunció el ceño.

—Puedo hacer contigo lo que los otros no consiguieron, Wildo. ¿Me sigues o...?

—Oiga — chilló Polly de pronto—, este caballero es mi prometido, ¿sabe? Estamos aquí pasándolo la mar de bien y va y viene usted y... ¡Lárguese, guapa, antes de que le raje esa cara tan bonita que tiene!

—¡Polly! Por el amor de Dios—suplico Wildo, consternadísimo.

—Déjame en paz —dijo la aludida, avanzando hacia Delma, quien, la contemplaba fríamente—. Déjame en paz, que voy a sacudirle a esta avefría...

Delma se congestionó, perdiendo su habitual impasibilidad.

—¿Avefría? ¿Avefría yo...? Te voy a...

—¡Por las cien mil Galaxias! Chicas, un poco de cordura — suplicó Wildo interponiéndose entre ambas.

Los clientes del «Oíd Spanish» contemplaban interesadísimos la escena.

Delma respiró muy hondo.

—Tienes razón, Wildo; un poco de cordura es lo que nos conviene. Vámonos ahora; después, tú y yo ajustaremos las cuentas.

—¡Wildo! Si te vas, te devuelvo el collar — aulló Polly.

—Yo... yo... Bueno, tíralo a un horno atómico — masculló el joven, con tan mala suerte que sus últimas palabras fueron oídas, no solamente por el fulano de los lentes de oro, sino también por una pareja de individuos, fornicios, cubiertos por sombreros cuya ala estaba muy baja, y con un bulto sospechoso en la parte izquierda del pecho.

El hombre de los lentes de oro hizo un suave guiño a los recién llegados. Éstos asintieron con la mirada.

Acercándose a Wildo, le pusieron una mano encima del hombro.

—Haga el favor de acompañarnos —dijo uno de ellos.

Wildo los miró, completamente estupefacto.

—¿Yo? ¿Dónde? ¿Quiénes son ustedes?

Uno de los individuos le enseñó un carnet de modo harto disimulado. Pero aquel carnet no le dijo nada al joven.

—¿Qué es eso? ¿Pertenecen ustedes a una guardia especial?

El tipo de la tarjeta respingó. Pero sonrió al instante.

—Sí, eso es, amigo; usted lo ha dicho, pertenecemos a...

—¡Son policías, Wildo! — chilló Polly.

Uno de los agentes barbotó un taco.

—¡Cierra el pico, estúpida! Vamos, usted, Karvel, véngase con nosotros.

Delma presenciaba muy interesada la escena, buscando frenéticamente en su memoria algo que le pudiera decir a qué rama de los guardadores del orden pertenecían aquellos dos hombres. Lo halló de modo súbito y tembló.

—¡Wildo, corre! ¡Son del FBI! ¡Te matarán!

Esto último no era cierto, pero Delma lo utilizó como acicate. Y le salió a las mil maravillas.

La borrachera se le disipó instantáneamente al joven. Extendiendo sus brazos, derribó por tierra a los dos agentes federales y echó a correr como un loco hacia la puerta.

—¡Wildo, Wildo, el collar!—gritó ilógicamente Polly.

—¡Una Galaxia para ti y ese maldito collar! — refunfuñó el joven, sin cesar de correr.

Los dos federales se reponían ya y tiraban de pistola.

Pero Delma se encargó de proteger la retirada de Wildo. Sacó del bolso la pistola de energía Másica, y disparó contra el suelo, a corta distancia de los pies de los federales.

Un ancho boquete se abrió en el pavimento. Los chillidos de los clientes, en apresurada carrera, atronaban el espacio. Los federales, con las pistolas en la mano, se quedaron boquiabiertos, sin acertar a dispararlas tan siquiera.

Delma retrocedió. Con el dedo pulgar, colocó la pistola en tensión mínima y soltó unas cuantas descargas contra el techo y paredes. El dueño del bar se llevó las manos a la cabeza.

Cuando la joven salió fuera, se encontró ya a Wildo al volante de un coche. Wildo tenía la portezuela fuera y el automóvil arrancó al instante. Era un convertible de dos plazas, y Delma se volvió, viendo a los agentes que, repuestos de la sorpresa, salían del bar, disparando como energúmenos. Un par de balas astillaron el parabrisas.

Delma aumentó la tensión de su pistola. Disparó, y unos cuantos

rayos escarlata brotaron del cañón del arma. Los dirigió primero, hacia el automóvil que se hallaba estacionado en la puerta del bar. Luego hizo lo mismo con otros varios coches, todos ellos muy próximos al anterior.

Los depósitos de gasolina estallaron con fragoroso estrépito. Se organizó un desconcierto enloquecedor en los alrededores del bar. Los dos agentes, envueltos en la marea de la gente que, aterrorizaba, chillaba en tanto huía, se vieron impotentes para hacer nada.

Una sirena lanzó un bramido pavoroso. Un coche negro se les cruzó en el frente, bloqueándoles el paso. Delma lo hizo arder al instante, y los policías saltaron como conejos fumigados, disparando al buen tuntún sus pistolas. El estruendo era aterrador. La gente corría por todas partes. Más sirenas y más pitos se oyeron por las calles, chillando enfurecidos.

Wildo dio un golpe al volante, y el coche trepó, saltando como un canguro, a la acera. Los frenos chirriaron y los neumáticos protestaron ensordecedoramente. El motor rugió cuando el joven, sin compasión alguna, pisó a fondo el acelerador.

Para no chocar contra la pared, Wildo giró nuevamente el volante. El convertible coleó amenazadoramente, y metió toda su zaga en un escaparate, cuya luna voló por los aires, hecha añicos. Todos los muelles del carruaje organizaron una protesta colectiva cuando de nuevo ganó, a saltos, la calzada. De aquí ganó más velocidad.

Atravesando como demonios las calles de Santa Fe, volaron hacia campo abierto, oyendo mil enfurecidas sirenas tras ellos.

—Wildo — dijo de pronto Delma—, quedas degradado y sujeto a Consejo de Guerra cuando regresemos a Stelia.

El joven se encogió de hombros. Siguió con las manos aferradas al volante, conduciendo con loca maestría. Los demás vehículos parecían quedarse clavados a su paso.

Dos automóviles, formando ángulo, les cerraron el paso. Wildo se metió por otra calle, tomando la curva sobre dos ruedas. Los guardias corrieron hacia los coches, pero Delma llenó sus corazones de desilusión, convirtiendo los vehículos en sendas masas de hierro y goma ardiendo en mitad de la calle-.

A pesar de que Wildo había estado sujeto a una instrucción

intensiva, Delma conocía mucho mejor que él las cosas de aquel siglo. Alargó la mano y conectó la radio, dándole todo el volumen. Una voz metálica comenzó a gritar entonces.

«—i Alarma a todos los coches de la policía! Convertible blanco, «Buick» modelo 1941, encaminándose hacia la ruta federal Oeste 12. Lleva a bordo un hombre, y una mujer, muy peligrosos ambos, suponiéndose sean espías... Conviene atraparlos con las máximas precauciones... Han incendiado varios coches, valiéndose de un diminuto pero potente lanzallamas... No disparen contra ellos sino en caso de máxima necesidad... Interesa a toda costa cogerlos vivos... Sus señas particulares son...»

Hubo un momento de silencio entre los dos ocupantes del automóvil. Las luces de Santa Fe se iban quedando atrás con enorme rapidez. Wildo arrojó una mirada al contador y vio que la aguja se había detenido en el límite. Farfulló algo desdeñoso para los constructores del artefacto.

—¡Qué pobreza!—dijo.—. ¡Sólo ciento diez millas!

—Si dispusiera de unos minutos, aumentaría más la velocidad del coche — murmuró Delma—. Efectivamente, estos artefactos derrochan una cantidad fabulosa de energía, para obtener tan escaso rendimiento.

—Bien, todo eso me parece muy bien, pero ahora lo interesante es: ¿adónde vamos?

Delma no contestó por el momento. Tenía la vista fija en el camino que los potentes faros del «Buick» alumbraban delante de ellos.

—Tenemos que buscar un modo de escondernos.

—Sí, porque ahora rastrearán la región de tal modo que no dejarán una piedra sin remover.

Una sirena se oyó a lo lejos, tras ellos. Delma se volvió, viendo en la lejanía un par de faros que les seguían, pero no le dio importancia. Tendrían que correr mucho sus perseguidores para darles alcance.

—¿Te das cuenta, Wildo, de que has estado a punto de echarlo todo a rodar?

—Lo siento — murmuró él contrito.

—No basta con sentirlo. Es preciso...

—¡Cállate!—gritó él furioso de pronto—. Ya sé que tengo yo la

culpa de todo, pero no es necesario que me lo refriegues por las narices a cada instante. Si te refieres a la chica esa, te diré que solamente tenía ganas de divertirme un poco.

—¿Lo mismo que con Lizia, en Stelia, Wildo? — ironizó Delma.

El joven soltó un bufido. Pasó como una exhalación por delante de un pesado camión de carga, cuyo conductor le cubrió de insultos. Pero no les dio tiempo a oírlos.

De pronto, los ojos de Delma vieron algo a lo lejos. Una barrera de madera, pintada de blanco y rojo, establecida por la policía.

—-Reduce la marcha, Wildo — ordenó.

Cuando la aguja del contador hubo bajado a cincuenta, las manos de la joven trabajaron activamente unos momentos. Luego dijo:

—-Para.

Wildo metió el freno a fondo, y las gomas del coche ardieron al clavarse en el asfalto. La miró de soslayo.

—¿Qué es lo que vas a hacer, Delma?

—Vámonos de aquí, al instante — contestó ella, abriendo la portezuela y echando a correr a campo traviesa.

Wildo la siguió, sumiéndose en las tinieblas. Corrió como un loco hasta que tropezó con la joven, estando a punto de derribarla al suelo.

—¿Qué estás naciendo?

Pero ella no le contestó. Estaba muy atareada trabajando en una pequeña cajita negra, de unos diez centímetros en cuadro, que había extraído de su bolso, la cual estaba llena de distintos botones multicolores, apenas perceptibles en la oscuridad.

—¡Mira hacia la carretera, Wildo! — dijo de pronto la joven.

El coche arrancó, sin nadie en el puesto del conductor. Aumentó la velocidad gradualmente, hasta alcanzar el punto máximo. Una sirena ululó, amenazadora.

Se oyeron gritos de alarma y disparos de revólver. Súbitamente, un estruendo horroroso llegó hasta los oídos de la pareja. Una feroz llamarada incendió la noche.

Wildo sonrió. Sabía lo que había ocurrido. Delma habla estado maniobrando en la radio del convertible, transformándola en un aparato capaz de recibir órdenes de control remoto, y el automóvil se había estrellado contra la barrera de la policía. «Esto — se dijo—,

les dará qué hacer, ¡Espacio!»

Se volvió hacia ella:

—¿Y ahora?

—-No sé si por tu culpa o por causa de la máquina, hemos llegado a nuestro destino antes de lo necesario.

—Bueno, yo...

—Es lo misino. Ahora nos esconderemos y permaneceremos durante veinticuatro horas inactivos. Mañana, a estas mismas horas, reanudaremos la marcha. Tenemos que ir a pie; después de lo ocurrido, no podemos hacer otra cosa.

Wildo rascó el suelo con la punta de su zapato terrestre.

—Delma, quisiera decirte que yo...

—¡Basta!—le cortó ella secamente—. Lo que ahora nos interesa, no es hablar, sino encontrar un lugar donde escondernos. ¡En marcha!

CAPÍTULO VIII

DEBÍA haber contado con esa posibilidad

Wildo miró a Delma, La joven, paseándose nerviosamente, había hablado en voz alta, pero sin dirigirse a nadie el particular.

—¿A qué posibilidad te refieres? —inquirió.

Ella detuvo sus rápidos pasos. Clavó en él sus ojos, en los cuales brillaba una chispa de mal contenida cólera.

—Me refiero al ti, y a tu incorregible donjuanismo; Wildo. Debí pensar en otra persona de cabeza más sólida.

—Delma — abrió él los brazos suplicantemente —, yo sólo quería divertirme y pasar bien las últimas horas de nuestra estancia en este siglo tan simpático. ¿Qué culpa tengo yo sí...?

—La tienes. La tienes por completo. No hubiera ocurrido nada, si no te hubiera dado por lanzar algunas de esas exclamaciones a que, eres tan aficionado.

—¿Yo? ¿A cuáles te refieres, Delma?

La joven hizo un gesto de impaciencia.

—¿Es posible que el alcohol te haya perturbado tanto tus facultades nemotécnicas? Dijiste, primero: «¡Desintegración atómica!»; y luego, cuando yo te protegía la retirada y corrías hacia la puerta del bar, refiriéndote al famoso collar de las esposas de los

Karvel, «Tíralo a un horno atómico».

—Bueno, pero eso no tiene importancia alguna, digo yo.

Delma enrojeció violentamente. Pocas veces perdía la sangre fría habitual en ella, pero en aquella ocasión parecía a punto de estallar.

—¿No tiene importancia? ¿No tiene importancia? Durante el período de instrucción te previne de sobra contra los brebajes alcohólicos que se preparan en este, siglo, y tú, apenas lo oliste, te olvidaste de ello por completo, cometiendo así el primer error. Luego, idiotizado por los ojos de aquella estúpida, empezaste a desbarrar, al lado nada menos que de los principales propulsores del «Proyecto Manhattan», quien, por casualidad, estaba descansando a tu lado. ¡Claro!, en cuanto el tipo oyó algo de desintegración atómica, cosa que nadie menciona ahora, porque todo el mundo lo ignora, hizo que el tipo de los lentes de oro enderezase las orejas como un podenco. ¿Qué más querías que ocurriese?

Wildo estaba sentado en el suelo de la cueva, cuya entrada había sido soldada merced a unos cuantas descargas de energía Másica, y se puso en pie.

—De todas formas — dijo—, insisto en que, habiendo salido con bien de este desagradable incidente, gracias a ti, por supuesto, no tenemos nada que temer.

—¿No, eh?

—No — repitió Wildo—. ¿Es que te crees que el lugar de las pruebas no va a estar tan celosamente vigilado, lo mismo que hayamos venido nosotros desde dos mil quinientos siglos que aunque no nos hubiéramos movido de Steila?

—Con eso ya contaba— dijo ella, parcialmente convencida.

—Y cuando lleguemos allí, ¿qué es lo que piensas hacer?

—Estropear el detonador de la bomba. Esto les dará mucho que hacer, puesto que además alteraré la composición molecular y...

Delma se interrumpió repentinamente. Un suave zumbido acababa de oírse dentro de la gruta.

La joven corrió hacia el lugar de donde procedía el zumbido, examinando atentamente un minúsculo aparato que era el que producía el sonido. Escuchó unos momentos y luego dijo:

—¡Nos están buscando!

—¿Quién? ¿Los del F. B. I.?

Ella movió la cabeza despectivamente.

—¡Qué va! Estos no nos hallarían ni aunque transcurriera un millón de años,

Wildo respingó. Empezaba a comprender.

—¿Ellos? — dijo a media vos.

Delma asintió. Parecía vacilar.

—¿Qué piensas hacer, pues? — inquirió el joven.

La muchacha cerró los puños con rabia. Wildo la vio realmente contrariada.

—Daría cualquier cosa por tener instalado ahí fuera un objetivo de T. V,—murmuró.

—Bueno — se encogió de hombros Wildo—, eso es fácil de arreglar.

—¿Cómo?—le miró ella, arqueando las cejas.

—Saliendo ahí fuera, Pero yo solo, ¿entiendes?

—No.. No puedo consentir que te arriesgues, Wildo.

El joven sacudió la cabeza.

—Para eso vinimos dos, para que, si uno de nosotros fracasaba, el otro pudiera llevar a buen término la misión confiada. ¡Dame tu pistola!

Ella retrocedió un paso.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Wildo?

—Ya te lo he dicho: salir ahí fuera y ajustarles las cuentas a esos tipos.

—Pueden matarte — objetó Delma.

—Es lo menos que me merezco. De todas formas, cuando regresemos, el Consejo de Guerra no se portará muy benevolentemente conmigo.

Una chispa de piedad apareció en los hermosos ojos, de la joven.

—Yo intercederé por ti y...

—¡Hum! Gracias por tu buena intención, Delma; pero no tengo la menor gana de que me sustituyan el cerebro, poniendo en su lugar el de un paleador de uranio. Es lo menos que harán conmigo, ¿sabes?

—Wildo, yo te prometo emplear toda mi influencia...

—¡He dicho que no! La pistola, Delma.

La joven retrocedió, con los ojos muy brillantes.

—-No te moverás de aquí, Wildo — dijo—. Nos están buscando,

sí, pero no saben aún el punto exacto en donde nos hallamos. Hay una probabilidad contra ciento de que no nos encuentren; pero, si sales fuera, con toda seguridad, nos cogerán.

—Me cogerán a mí solo, y tú podrás seguir adelante con la misión encomendada. La pistola, Delma.

Lentamente, con las manos a la espalda, Delma retrocedió unos cuantos pasos. Wildo, con los ojos clavados en su hermoso rostro, avanzó hacia ella.

—La pistola, Delma — pidió por cuarta vez—. Sólo quiero abrir un pequeño agujero para salir al exterior. Luego, tú lo cerrarás, y quedarás aguardando mi vuelta... o lo que ocurra. Tienes aparatos para comunicarte conmigo en caso necesario.

Delma no contestó. Muy pálida, apretó los labios, como dando a entender con el gesto su rotunda negativa.

Wildo lanzó un suspiro de resignación. Se encogió de hombros.

—Bueno, si tú lo quieres...—y de súbito, de una manera por completo inesperada, lanzó el puño hacia adelante.

Los cabellos de Delma se agitaron violentamente cuando su cabeza fue arrojada hacia atrás. La joven puso los ojos en blanco y luego los cerró. Wildo la tomó en sus brazos, antes de que se desplomara al suelo.

La depositó en éste con infinita suavidad.

—Lo siento, cariño — dijo sinceramente—. Si alguna mujer hay que sea digna de llevar el collar de los Karvel, ésa eres tú, Delma.

La arregló la cabeza de modo que no padeciera incomodidades durante el tiempo que iba a permanecer desvanecida, y luego se inclinó sobre ella, contemplando casi con adoración su hermoso rostro.

Permaneció unos segundos inmóvil; luego, saliendo de su inmovilidad, juntó sus labios con los de ella en un rápido beso. Tomó la pistola y se puso en pie.

Graduó el arma en baja tensión y apuntó hacia la entrada. Un rayo de roja luz brotó de la ancha boca del arma.

Unos minutos más tarde, las descargas se la pistola habían abierto un orificio lo suficientemente grande para que él pudiera pasar a su través, arrastrándose. El tiempo era caluroso, por lo que había decidido ir en mangas de camisa.

Una vez fuera, se metió la pistola entre la camisa y el pantalón y

buscó, a la violeta luz del crepúsculo que llevaba con rapidez la noche, unas cuantas ramas con las cuales cubrió la boca de la cueva. Hecho esto, se ajustó al cuello una correílla de la cual pendía una diminuta caja negra, de unos diez centímetros de tamaño y echó a andar con infinita cautela.

Un coyote aulló a lo lejos, sobresaltándole momentáneamente. Pero no tardó en rehacerse. La cueva estaba situada en la parte baja de un diminuto montículo y, usando de las debidas precauciones, trepó hasta su cima. Apenas lo había hecho, se arrojó de bruces al suelo, observando atentamente frente a él.

Recortados contra el fondo relativamente claro del horizonte, vio las siluetas de dos o tres hombres que avanzaban de modo cauteloso, llevando en las manos unos aparatos, que supuso debían ser minúsculos radares, con los cufies estaban batiendo las profundidades del terreno.

«¡Espacio! Estos tíos deben de ser muy listos se dijo para sí—. Y el que los manda aún más. Sé le agotó la provisión de compinches, y volvió a Stelia, en la máquina del tiempo, a por más. Debe de costarle una verdadera fortuna el tratar de Interferir nuestros planes.»

El suelo estaba cubierto de matorrales y plantas producto de la típica vegetación del desierto neo-mexicano. Wildo saltó de su escondite y corriendo todo lo en silencio que pudo, descendió medio centenar de metros hasta hallarse a mitad de camino entre la colina y el llano. Allí se, escondió de nuevo tras una gruesa mata de mezquite.

Aguardó con los nervios en tensión. No quería utilizar la pistola de energía másica, por temor a que sus disparos fueran vistos por los otros. Todo cuanto debía hacer se basaba en la única y exclusiva utilización de sus armas naturales: las manos.

Los hombres seguían avanzando, separados entre sí por una distancia de unos cien metros. Wildo echó de menos unas gafas infrarrojas que le hubieran hecho ver perfectamente en medio de las tinieblas, pero se consoló pensando en la ventaja que tenía de que, por lo menos, conocía las posiciones respectivas de sus enemigos, en tanto que éstos les buscaban poco menos que a ciegas. Bajó a todo correr lo que le faltaba de la pendiente y se tiró otra vez de cabeza al suelo.

Muy cerca de él sonaron pasos cautelosos. Wildo se arrodilló, asomando los ojos por encima de las agudas espinas de cactus. Un individuo caminaba hacia él, mirando constantemente la diminuta pantalla de su radar portátil.

«Estáis muy cerca de nosotros, pero no sabéis lo que os aguarda», sonrió para sus adentros, y se deslizó hacia su izquierda, dejando como protección el espinoso tronco del cactus. El tipo pasaría por el lado opuesto.

Transcurrió un minuto de modo interminable, angustioso. Súbitamente, un rostro encarnado, debido a los últimos reflejos de la luz del ocaso apareció a corta distancia de él. Wildo cogió con la mano una piedra y la arrojó a sus espaldas.

El hombre se volvió rápidamente, lanzando una maldición. Aquél era el momento que había estado aguardando Wildo.

Saltó hacia su enemigo, atrapándole el pescuezo con el brazo izquierdo, al mismo tiempo que le sujetaba con la mano libre, la muñeca derecha. Le clavó la rodilla en la espalda.

El individuo se debatió espasmódicamente, pero todo fue en vano. Wildo mantuvo la presa, de modo férreo, hasta, que notó que el cuerpo que tenía en sus brazos se relajaba de un modo siniestro. Entonces lo soltó, y el hombre cayó a tierra silenciosamente.

Wildo lo registró rápidamente, con habilidad, tomándole algunos objetos, entre ellos la pistola, hecho esto, se incorporó.

Comenzó a andar, como si ocupara el puesto del otro, pero al sesgo, de modo que no tardó mucho en dar con otro de sus «compañeros*. Este lanzó un bufido al verle.

—¿Qué diablos haces aquí? — gruñó en voz baja.

—Perdona, pero vi algo raro en la pantalla del radar... ¿No te diste tú cuenta?

El tipo lanzó un gruñido de desdén.

—Están por aquí, no cabe duda, pero hay mucho obstáculo entre ellos y nosotros para que podamos dar con ellos fácilmente.

—Pues yo creo todo lo contrario. He visto unas imágenes en la pantalla de mi aparato que... ¿Por qué no miras tú a ver qué te parece?

El otro pico. Alargó el pescuezo y entonces fue cuando Wildo descargó, con todas sus fuerzas, el filo de su mano sobre aquella nuca que se le presentaba tan tentadora.

—Antes de hablar con un compañero — siseó—, cerciórate, en lo sucesivo de que, efectivamente, es tu compañero — y lo depositó suavemente en tierra, despojándole, como el anterior, de todo su equipo.

Se irguió de nuevo. Entrecerró los ojos, tratando de adivinar dónde se hallaba el tercero. Era ya de noche y no se veía a dos pasos de distancia.

Tras meditarlo un poco, decidió recurrir a una argucia. Levantó la voz.

—¡Eh, tú, ven para acá! He hallado algo en la pantalla.

No le contestó nadie, sino un suave silbido del viento, acariciando las plantas del desierto. Wildo sintió de pronto un escalofrío.

Lanzó un suave silbido. Luego dijo:

—¿Dónde estás? —pero nadie le respondió tampoco.

Un sudor frío le brotó al instante, cubriéndole la frente con sus heladas gotas. Siniestros presentimientos invadieron su corazón.

Una tercera apelación le convenció de que el tercero de sus enemigos había desaparecido y, o bien había hallado la entrada de la cueva, o bien sospechaba de él y se negaba a responderle. En la duda, decidió caminar hacia el punto donde se encontraba Delma.

Las espinas de los cactus le arañaron y le desgarraron la ropa, pero él no hizo el menor caso. Corrió como un loco, armando un estrépito de mil demonios, y rodeó la base de la colina, buscando la entrada de la cueva.

Vio un grupo de matas y metió las manos, conteniendo una exclamación de dolor. Se había equivocado, por lo que insistió en su afanosa búsqueda. Temió por Delma. Si la habían encontrado desvanecida, con toda seguridad no la habrían dejado despertar más; por el contrario, la habrían dormido para siempre.

Pateo furioso todos los matorrales que encontró hasta que, de pronto, unos espinos volaron por los aires. Se inclinó, afanoso, sudando copiosamente, y en un tris estuvo de no lanzar un aullido de alegría, al darse cuenta de que, al fin, había dado con lo que buscaba.

Sacó del bolsillo de, su pantalón una diminuta linterna, no mayor que un delgado lápiz, y paseó el estrecho haz de luz por el interior de la caverna. Respiró aliviado al ver a Delma,

apaciblemente tumbada en el suelo. Se irguió, pasándose la manga de la camisa por la frente cubierta de transpiración.

Pero apenas lo había hecho, se inmovilizó, convirtiéndose en una rígida estatua. Algo duro acababa de hacer presión en el centro de su espalda.

Una voz, de bajos y siniestros tonos, imperativos, enérgicos, sonó casi en sus oídos.

—Pasa para adentro. Pasa, y no hagas el menor movimiento, si no quieres que te achicharre.

CAPÍTULO IX

QUEDÓ Wildo tan sorprendido que incluso, una vez dentro de la cueva, se olvidó de apagar la lamparita portátil. A su resplandor, pudo, ver, pues, el rostro de su aprehensor.

Éste, sostenía en su mano derecha, con toda firmeza, una pistola de energía másica, cuya negra boca apuntaba rectamente al pecho del joven. Tenía puestas unas grandes gafas, provistos de dispositivo emisor de rayos infrarrojos, con las cuales podía ver perfectamente en la oscuridad más absoluta. En lo demás, no se diferenciaba mucho de Wildo e incluso había adquirido el corriente aspecto ciudadano del siglo xx.

—Té creíste muy listo, ¿en?— sonrió, torciendo la boca.

De pronto, con un movimiento inesperado que cogió por completo desprevenido a Wildo, le golpeó en la muñeca con el cañón de la pistola. La linterna cayó al suelo, apagándose.

—Así está mejor—-río el otro guturalmente—. Yo os puedo ver, y en cambio, vosotros, no me, veis a mí.

—¿Qué es lo que pretendes de nosotros? — preguntó Wildo, rehaciéndose rápidamente de su sorpresa inicial.

—Muy sencillo: llevaros a presencia de mi jefe.

—Luego entonces, ¿tú no lo eres?

El de las gafas se echó a reír.

—Si lo fuera yo, ya haría rato que te hubiera retorcido el pescuezo. ¡Por los novecientos soles de Shuham!, si armaste tanto ruido al emboscarte como un toro enfurecido en una cacharrería. ¿No se dice así en el lenguaje vulgar de esto siglo?

—Posiblemente — comentó con frialdad el joven. ¿Se sentía la mar de incómodo porque, efectivamente, estaba ciego o poco menos, en tanto que su contrincante le veía con toda perfección. Se rascó involuntariamente un tobillo y el otro soltó un gruñido.

—Eh, tú, no te muevas o te abraso—-amenazó; y de pronto, reparó en Delma, tendida aún en el suelo—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Nada; está dormida, simplemente.

—Despiértala.

—No veo — se excusó Wildo.

El otro se agachó y cogió la linterna y la encendió.

—Vamos—ordenó—. Ahora ya ves, ¿no?

Wildo asintió secamente. Caminó hacia donde estaba Delma y sacudiéndola ligeramente, logró volverla a la vida.

Delma abrió los ojos, acariciándose el dolorido mentón. En el primer momento sólo Vio a Wildo.

Lo miró con la frente muy artigada.

—¿Por qué me golpeaste?

— Lo siento, Delma, pero yo...

En aquel momento intervino el gafudo.

—Eh, vosotros, basta de arrumacos. Si la chica está bien, que se ponga en pie. Vivo, tenemos que irnos y aquí estamos perdiendo demasiado tiempo.

Delma miró muy sorprendida al joven.

—¿Qué pasa, Wildo? ¿Quién es este hombre?

—Lo siento — dijo él, agachando la, cabeza—. Tal como presumiste, venían tres, pero sólo pude eliminar a dos.

—Dos idiotas de solemnidad — rio el de las gafas—. Pero yo fui más listo que ellos...

Delma se puso en pie de un salto.

—Después arreglaremos tú y yo la cuestión del puñetazo, Wildo. Ahora...—Se acercó a su captor y dijo—: ¿Sabes con quién estás hablando? ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

—Como eso no tiene la menor importancia, té, diré que mi nombre es Shuilsk. En cuanto a ti, de sobra sé quién eres.

—¿Y no te das cuenta de la terrible falta que estás cometiendo al amenazar a un miembro del Supremo Gabinete de Coordinación?

Shuilsk se echó a reír desvergonzadamente.

—¿Qué miembro? ¿Qué Gabinete? Ahora ya no hay más que un Coordinador y es... Bueno, ya sabréis su nombre más adelante. Yo soy su hombre confianza, y vosotros dos sois un par de tipos a los que habría que fundir aquí, ahora mismo, sin perder tiempo.

—¡No te atreverás! —gritó Delma, roja de cólera.

—No porque no son ésas las órdenes que tengo; de lo contrario, nada me causaría mayor placer que llenaros el cuerpo de energía másica. ¡Ea, ya hemos perdido demasiado tiempo charlando inútilmente! ¡Andando!

Delma y Wildo obedecieron, pues no podían hacer otra cosa, hallándose en las manos de Shuilsk. Éste, teniendo ahora una pistola en cada mano, abrió una ancha brecha en la gruta y, cuando la tierra se hubo enfriado, los hizo salir delante de él.

—Caminad con cautela, y no intentéis separaros de mí. Recordad en todo momento que yo os puedo ver, en tanto que vosotros estáis ciegos, ¿me habéis entendido?

—Ahórranos, por lo menos, tu inútil palabrería — dijo Delma con frialdad.

Wildo intentó tomarla por el brazo, para facilitarla la marcha, pero ella lo separó bruscamente. El joven masculló algo en voz baja, nada agradable para sus contratiempos.

Caminaron sin parar durante toda la noche. Solamente se detuvieron, cuando ya el alba clareaba por oriente, en una barrancada, seca, sin agua,-en la cual decidió Shuilsk pasar el día.

—Conozco toda la historia, y sé que faltan aún cuarenta y ocho horas para el inicio de una nueva era—les dijo; y agregó, burlón—: Mi jefe es muy considerado con vosotros, y quiere que lo veáis. No es un espectáculo del otro mundo, por supuesto; pero siempre es interesante ver la primera explosión, ¿no os parece?

Wildo se encogió de hombros. Delma, más práctica, inquirió:

—¿Y después?

Una torcida sonrisa se dibujó en los labios de Shuilsk.

—Después... — dijo, y se pasó dos dedos por el cuello, en un

expresivo signo gráfico—. ¿Qué otra cosa podéis esperar? — agregó.

—Por lo menos — refunfuñó Wildo—, podías llevarnos de otra forma y no a pie. Delma está aspeada, ¿no lo ves?

—Dentro de poco descansará… todo lo que quiera— rio desaforadamente el forajido.

Shuilsk le había encontrado mucha gracia a su chiste.

—Al menos — dijo Wildo—, no me iré sin ver el rostro de ese sinvergüenza que hizo asesinar a todo el Gabinete.

—Yo ya lo conozco — anunció Delma repentinamente.

Shuilsk sufrió un estremecimiento de sorpresa.

—¿Eh, cómo has dicho?

—Lo que oyes — contestó la joven fríamente.

—¿Quién es? — preguntó Wildo.

—¿Qué importa, ahora su nombre? Lo cierto es que fui muy estúpida. Podía haberlo sabido cuando envió a Frosh y a Lazdo a robarnos los microfilms de estudio… si entonces me hubiera fijado en las cosas un poco más. Ahora no estaríamos aquí, y todo se habría resuelto de manera por completo satisfactoria.

—¡Je!—rio Shuilsk—. ¡Qué suerte para nosotros, guapa! Bueno, el que sepas o no quién es mi jefe, y Coordinador del Octavo Universo dentro de cuarenta y ocho horas, da lo mismo en las actuales circunstancias. De todas formas, no lo vas a repetir a nadie.

—Todavía estamos vivos — masculló Wildo de mal talante.

—Suerte que tenéis — dijo Shuilsk simplemente.

Luego arrojó una rápida mirada en torno suyo.

—Aquí estamos bien — añadió —. Esta barrancada es muy profunda y estrecha, y somos muy difíciles de ver, como no encendamos humo. Pasaremos aquí iodo el día y a la noche reanudaremos el camino. Os recomiendo que descanséis.

—Tú debes ser un tipo muy fuerte, ¿verdad? — exclamó Wildo —. Porque, ¿quién nos va a vigilar mientras dormimos? Si no me equivoco, hemos caminado ya más de-treinta kilómetros desde la cueva. Se necesita mucha resistencia para estar andando toda la noche y luego pasarse el día con los ojos abiertos, de centinela.

Shuilsk se molestó, porque lo que decía Wildo era, la pura verdad.

—¡Eso no te importa a ti cierra el pico y no lo abras en tanto yo no te lo permita.

Wildo sonrió y no le dijo nada. Volviéndole la espalda con indiferencia, arregló unas ramas, de modo que protegiesen a Delma de los ardores de los royos solares, y luego él, a su vez, se tumbó unos cuantos metros más allá. Apoyó la cabeza en una roca, y al instante se quedó dormido.

Se despertó sobresaltado cuando algo, muy duro le golpeó desconsideradamente los riñones. Se sentó en el suelo, frotándose los ojos, deslumbrado por la luz riel sol.

—¿Qué ocurre? — inquirió.

La pistola de Shuilsk le miraba ceñudamente con su único ojo.

—Que viene gente. ¡Rápido!, hemos de largarnos cuánto antes de aquí.

Wildo se puso en pie, Observó a la joven, que le había imitado, y se limpiaba la falda de polvo y tierra con las manos.

—Estarnos todavía muy cansados — arguyó Wildo.

—Vamos — repitió Shuilsk—, u os haré descansar para siempre. ¡Aprisa!

Los empujó violentamente, haciéndoles descender al fondo de la barranca, Lanzándoles frecuentes imprecaciones e injurias, les hizo correr a toda velocidad, desesperadamente.

Durante media hora caminaron así, sin darse punto de reposo. De pronto, Pelma lanzó un grito y cayó al suelo.

—¿Qué te pasa? — se inclinó Wildo sobre ella.

—El tobillo—.se quejó la joven.

Shuilsk lanzó una tremenda imprecación.

—¿No puede andar? — gruñó.

Antes de contestar, Wildo paseó la mano por el tobillo de la joven. Meneó la cabeza con pesimismo.

—Mucho me temo que no — dijo.

Shuilsk levantó la pistola.

—Lo siento — dijo fríamente—; pero no puedo cargar con estorbos.

Pelma lanzó un gritó. Wildo, inclinado al lado de ella, miró con infinito odio al forajido,

—Dispara sobre ella, y luego hazlo sobre mí, porque, de lo contrario, te juro que te retorceré ese sucio pescuezo con mis propias manos, aunque sea lo último que haga en este mundo.

Las palabras de Wildo intimidaron un tanto a Shuilsk. Sin

embargo, no por eso bajó la mano armada.

—Hay soldados de este país que están rastrillando el terreno. Si nos encuentran, dispararán primero y preguntarán después. Y yo no quiero correr ese riesgo, ¿comprendes?

—De todas formas, no puedes seguir adelanté. La barrancada se acaba a cien metros de aquí —y la mano de Wildo señaló hacia el lugar indicado— Luego viene el desierto, llano como la palma de la mano, y sin más que unas raquíticas matas para ocultarte. ¿Es que piensas seguir adelante, a plena luz del día?

Shuilsk vaciló. Escrutó el terreno en tomo suyo, y no tardó en dar con la solución.

—Ahí — señaló un punto con la misma pistola Cógela en brazos y echa a andar delante de mí.

Wildo sonrió a la joven.

—Dispénsame, pero no me queda otro remedio. Por segunda vez tienes que usar un coche con deficiente suspensión.

—A otras muchas Ies habrá parecido hallarse en el cielo — dijo ella áridamente, en tanto era levantada—. ¿Cuántas, Wildo?

—¡Espacio! ¿Y quién es capaz de contarlas? — repuso él volublemente, con lo cual el rostro de Delma adquirió un color escarlata muy pronunciado, seguro indicio de su malísimo humor.

El punto señalado por Shuilsk era una grieta situada en uno de los muros del barranco, muy profunda y estrecha. Para mayor abundamiento, estaba casi cubierta de matorrales, y los tres se escondieron allí, dejando pasar nerviosamente el tiempo.

Afortunadamente, la noche llegó sin ningún contratiempo. Vendado convenientemente el tobillo de la joven, para lo cual Wildo había utilizado su propia camisa, Delma se sintió en disposición de caminar, y reemprendieron la marcha.

Pero un par de horas más tarde, Wildo se vio obligado de nuevo a tomarla en brazos. La inflamación del tobillo había aumentado y Delma no podía dar un paso.

—Necesitarías reposo y masajes. Éstos te los puedo proporcionar yo, pero aquí, el enemigo Shuilsk, se opone a concederte el conveniente descanso.

—Yo se lo daría — gruñó el aludido, de malísimo talante, pues el inesperado contratiempo le causaba un grave trastorno así como gran retraso en el plan de marcha —; pero habría de ser para

siempre, y no puedo hacerlo sin haberla presentado antes al Coordinador.

Wildo lanzó una sarcástica carcajada.

—Me parece que te estás haciendo demasiadas ilusiones, Shuilsk.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que ese tipo no te va a dar lo que tú te piensas, sino todo lo contrario.

—Me prometió la Actualización de Materia, una vez que todo hubiera llegado a buen término — farfulló Shuilsk muy molesto.

—¡Y una Galaxia! En cuanto tenga lo que quiere, te soltará una descarga de energía Másica que, te hará polvo, Shuilsk, tenlo muy en cuenta. ¿Queda alguno más de vosotros con él?

—No; está solo, aguardándonos.

—Razón de más —dijo el joven mirando en la oscuridad a Delma.

Vio brillar les dientes de ésta en una aprobatoria sonrisa, y continuó su labor de zapa.

—Razón de más, ¿por qué?

—Tú crees que, si ese individuo vuelve a nuestro tiempo, en Stelia, querrá tener testigos de las atrocidades que ha cometido? ¿No sabes que el traidor no hace falta una, vez consumada la traición?

—El Coordinador sólo tiene una palabra y no puede violarla — rezongó el forajido.

Wildo se encogió de hombros.

—Bueno, allá tú. Pero te recomiendo que te lo pienses. Quizá así salves el pellejo.

Wildo sonrió en la oscuridad, dándose cuenta de que sus palabras habían hecho mella en el magín de Shuilsk. Miró a Delma y ésta le correspondió con una sonrisa.

Pero todas sus esperanzas se fueron a paseo cuando Shuilsk volvió a hablar:

—Es inútil cuanto digas, Wildo. Pienso ser fiel a mi Coordinador, pero estaré sobre alerta, y si veo en él un movimiento sospechoso, lo desintegraré,

Wildo mascullo un taco, Empezó a pensar furiosamente, buscando una solución, y al cabo de unos momentos la halló.

Para ponerla en práctica, tenía antes que cambiar unas palabras con Delma y no podía hacerlo en el lenguaje, corriente del siglo 2500, sin correr el riesgo de que Shuilsk se enterara de lo que estaba tramando.

Decidió tentar la aventura. Echó mano de los conocimientos adquiridos durante su instrucción Hipnopédica, y soltó un rápido chorro de palabras en español, idioma que se había visto obligado a aprender, dada la naturaleza de la región a donde habían ido a parar, en previsión de encontrarse con alguno de, sus habitantes que fuese bilingüe.

—Delma, lo siento, pero te voy a dejar en manos de ese bruto. De otra forma no adelantaríamos nada — y a continuación le dio unas breves instrucciones, confiando en que Shuilsk, corno así sucedió, no entendiese nada.

Ella asintió.

—Conforme, Wildo. Por lo menos, que uno de los dos llegue «allá» — dijo y subrayó deliberadamente la palabra,

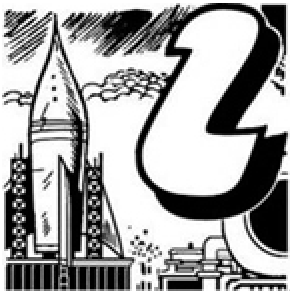
—Eli, vosotros — les increpó el ruñan —, ¿qué Galaxias estáis hablando? ¿Qué clase de lenguaje es ése?

Wildo no contestó tenía los labios muy ocupados en besar los de Delma, la cual no rehuyó la caricia.

—Suerte, don Juan — sonrió ella, y de pronto lanzó un agudo gritó cuando se sintió volar por los aires.

En el mismo instante, Wildo hechó a correr, perdiéndose en la oscuridad del desierto de Nuevo México.

CAPÍTULO X

A suave ráfaga de viento arrastró entre sus impalpables dedos algunos matorrales desarraigados del suelo, junto con unas cuantas partículas de polvo. El tenue silbido producido, se perdió a lo lejos, murmurante y siniestro, agorero del infierno cuya puerta estaba a punto de abrirse.

En dicha puerta estaba Wildo deth Karvel, coronel de la Guardia del Tiempo, de Stelia, capital del 8.° Universo, un mundo situado a 2500 siglos de distancia. Y la puerta estaba a cien metros de distancia del suelo, sobre un metálico andamiaje en forma de torre.

La oscuridad era absoluta. A corta distancia de Wildo, no más de un par de metros, estaba la, bomba, un enorme cilindro oscuro, en cuyo seno se encerraba la muerte en potencia para millones de hombres.

Salvo los tenues silbidos del viento, no se percibía ningún otro sonido. No obstante, Wildo notaba los latidos de la bomba, con el microGeiger que tenía en la mano, y de vez en cuando sonreía, como si le divirtiera mucho la idea del susto que podrían llevarse los habitantes de aquella región al saber que el secreto tan celosamente guardado no les había servido para nada.

Wildo permaneció aún un buen rato en lo alto de la torre. Después, siempre en absoluto, silencio, comenzó a descender. Al llegar al suelo, buscó la orientación precisa del lugar que buscaba, mediante el sensible microGeiger y echó a andar con más que un rápido paso, un trote sostenido del que esperaba obtener grandes efectos en cuanto a ganancias de tiempo y espacio.

* * *

En el momento en que se sintió volar por los aires, Delma gritó.

Shuilsk lanzó un bramido de cólera. Trató de levantar la pistola y disparar contra el fugitivo, pero el choque del cuerpo de la joven le derribó por tierra. La pistola se le escapó de las manos.

Las de Delma arañaron el rostro de Shuilsk, consiguiendo su propósito: las gafas infrarrojas le fueron arrancadas al forajido, con lo cual los dos quedaron en igualdad de condiciones en cuanto a visión nocturna.

Shuilsk maldijo en abundancia en tanto trataba de desembarazarse del peso que tenía encima, pero la cosa le costó lo suyo, puesto que Delma luchaba con las energías infundidas por el desesperado deseo de ayudar a Wildo.

Haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, Shuilsk consiguió echar a Delma a un lado y se puso en pie. Pero al instante volvió a caer, apenas había dado un par de pasos. La joven le había asido por el tobillo.

Delma resistió impávida los golpes frenéticos que le asestaba el forajido en su afán de librarse de ella. Sólo aflojó la presión de su mano cuando uno más fuerte que los demás la condujo a los linderos de la seminconsciencia.

Volvió a la normalidad unos minutos más tarde Acostumbradas sus pupilas a la obscuridad, divisó la silueta de Shuilsk, erguido frente a ella, con el brillo de una estrella reflejado en el cañón de su pistola.

—¡Ponte en pie! —rugió el forajido.

—No puedo — contestó ella —; tengo el tobillo lastimado.

—Me es lo mismo. ¡Ponte en pie o te aso!

Durante unos momentos, Delma contempló fijamente el rostro de Shuilsk, en el que se veía reflejado el odio más absoluto. Al fin, dominando sus dolores, tratando de serenarse, obedeció.

—¿Qué piensas hacer conmigo? — inquirió.

—Deberla matarte — masculló el rufián—; pero tengo que presentarte viva ante el Coordinador, es él quien quiere darse el gusto de suprimirte, y no te creas que no tengo ganas de aguarle la fiesta. ¡Camina!

Delma obedeció, procurando apoyar lo menos posible el pie en el suelo. Naturalmente, la marcha así debía ser muy lenta, pero Shuilsk no parecía tener gran prisa, por io que no se molestó en

ayudarla. Las horas pasaron lentas, angustiosamente torturantes.

Al alba, exhausta, agotada, sin fuerzas para dar un paso más, Delma se dejó caer al suelo. En aquellos momentos, todo le era igual ya, y solamente por orgullo no había pedido al granuja que pusiera fin a sus sufrimientos. Notó que la mano de Shuilsk la cogía por uno de sus brazos y la arrastraba desconsideradamente por el suelo, hasta una anfractuosidad practicada en los lados de un pequeño montículo a fuerza de descargas másicas

La joven tenía los labios hinchados y la lengua reseca. Shuilsk no parecía estar mejor, pero tenía sobre ella la ventaja de tener todos sus miembros es perfecto estado, en tanto que el tobillo de Delma tenía un malísimo aspecto.

Cuando se hubo recuperado un tanto, Delma se sentó en el suelo y se quitó el vendaje que le pusiera Wildo. Empezó a practicarse un masaje en el miembro afectado, y poco a poco los dolores se fueron alejando, aunque ella se dijo que sin el concurso de un médico, sería imposible una curación definitiva.

Seguro de que no podía, escapársele su presa, Shuilsk salió fuera a estudiar el terreno. Volvió con una sonrisa de satisfacción dibujada en su innoble rostro. Tenía un microGeiger en las manos y dijo:

—Estamos a menos de una hora del lugar en donde nos aguarda el Coordinador.

—Di mejor el impostor y asesino que se hace pasar por tal —contestó Delma fríamente, sin dejar de acariciarse el tobillo.

Su masaje era lento metódico, pero de indudables efectos.

Shuilsk se encogió de hombros.

—Llámalo como quieras. A mí me da lo mismo ¿sabes? Apenas, se haya puesto el sol saldremos para donde nos aguardan.

—Me parece que todos vuestros esfuerzos habrán sido inútiles. Wildo habrá llegado ya a la bomba y la estará desarmando.

El rostro de Shuilsk se contorsionó de ira.

—¡Eso no es verdad! Wildo no sabe dónde está.

—¿Por qué no había de saberlo? ¿Quién o qué se lo impedía?

—Carece de medios para localizarla...

—Llevaba un microGeiger consigo. No lo sabías, ¿verdad, Shuilsk?

Una diabólica expresión apareció en el rostro del forajido. Su

rostro adquirió el tono de la púrpura, en tanto que su mano se crispaba en torno a la culata de la pistola.

—¡Mientes!—aulló, fuera de sí.

Delma se encogió de hombros.

—Bueno, como quieras.

Durante unos momentos Delma esperó él disparo que pondría término a su existencia. Al fin, Shuilsk, inspirando fuertemente, dijo:

—-Ya falta poco para que sea de noche. A partir de entonces, dentro de una hora estarás ante el Coordinador, y éste decidirá ir que ha de hacerse, nos sobrará tiempo para arreglar el detonador, ¿sabes?

Delma palideció, sabiendo que su aprehensor tenía razón. Averiada la bomba, Wildo tendría que alejarse de ahí para no ser sorprendido por los sabios que acudirían, con toda seguridad, a investigar lo que había ocurrido y encontrar el fallo, pero el asesino llegaría antes y...

Se estremeció. Shuilsk, que la estaba observando atentamente, se echó a reír. A Delma le pareció que le había adivinado el pensamiento y, enrojeciendo, desvió la vista.

Apenas las primeras sombras cayeron sobre el desierto, inundándolo con sus violáceos tonos, salieron de la cueva y echaron a andar. Aquel descanso había resultado muy beneficioso para la joven, a pesar de que el hambre y la sed la mortificaban no poco. Tuvo que apelar al sombrío consuelo que, de una forma u otra, sus padecimientos iban a tener fin dentro de breves momentos.

Absorta en sus lúgubres pensamientos, ignorando la suerte que podría haber corrido Wildo, no se dio cuenta de que alguien había surgido ante ella de las tinieblas. Su cabeza chocó con el pecho de un hombre y, despavorida, lanzó un grito.

—¿Me temes? — sonrió aquel hombre.

Delma, se recuperó al instante. Retrocedió un paso, contemplando, a la fría luz de las estrellas, a la persona que era la causa de todos sus males. Se dijo que sus deducciones acababan de confirmarse.

—Ya no — dijo ella— Ya no hay motivo para temerte, Qodar.

—¡Sabes mi nombre! — vociferó el Protector de Vidas Humanas de Stelia, capital del 8.° Universo.

—Fui una tonta al no haberlo adivinado antes, Qodar. Entre todos los miembros del Gabinete de Coordinación, tú eres el único aficionado a las antigüedades. Y el único también de entre todos ellos que podría facilitar la relación de todos los microfilms de estudio que yo tenía en el Laboratorio de Hipnopedia en un trozo de papel, otro hubiera utilizado una hoja de papel metálico, del que utilizamos corrientemente en nuestro mundo, pero tú lo utilizaste, sin darte cuenta, de uno traído de siglos anteriores, como uno de los objetos de estudio de civilizaciones anteriores a la nuestra. Si entonces me hubiera fijado en el detalle, las cosas podrían haber sucedido de muy distinto modo, Qodar.

Éste lanzó una maldición. Pero no tardó en recobrar la estabilidad mental, lanzando una fuerte carcajada.

—Es lo mismo, Delma; todo da igual ya. Tus propósitos no han podido ser realizados y...

—Si te refieres a que no los haya podido ejecutar yo en persona, tienes razón. Pero hay alguien que a estas horas ya lo habrá hecho por mí,

Qodar lanzó un bramido de cólera.

—¿Cómo estás diciendo?

—Lo que oyes, Qodar. Wildo consiguió escapar, ¿sabes?

El rostro del Protector de Vidas Humanas se congestionó. De los labios le brotó una blanca espumilla de rabia.

—¡Eso no es cierto!

—¿No? — sonrió Delma —. ¿Por qué no se lo preguntas a Shuilsk, tu compinche? Creíste, al vernos llegar, que Shuilsk había matado al coronel Deth Karvel, ¿verdad?

Una mueca de diabólica rabia apareció en la faz de Qodar. Sus ojos despidieron llamas.

Delma ahondó aún más el aguijón.

—vamos, Shuilsk, confírmale a tu jefe lo que acabo de decir. Dile que Wildo fue más listo de lo que te esperabas y que consiguió largarse.

—¿Es cierto lo que dice Delma, Shuilsk? — inquirió Qodar en tono bajo, pero firmemente siniestro.

—Jefe, yo... bueno... SI la llevaba en brazos, porque ella sufrió una caída y se dislocó el tobillo...

—¿Qué tobillo? — rio Delma—. Si solamente fue una pequeña

torcedura. Lo que pasa es que no tenía ganas de andar.

—¡Mientes!—chilló lívido de espanto el esbirro—. Yo lo vi...

—Shuilsk — dijo suavemente. Qodar — tú ya no verás nada más.

El forajido alargó los brazos, como queriendo evitar el horrible destino que le aguardaba.

— ¡No... no..., por favor...!—chilló, despavorido.

Pero era ya tarde.

Una raya de fulgurante color rojo brotó de la pistola da Qodar. El grito de espanto de Shuilsk fue cortado brutalmente por la descarga que le convirtió en una nauseabunda masa de carne derretida al rojo vivo.

Delma volvió el rostro para no ver aquel horrible espectáculo, pero de pronto sintió en su muñeca la presión de la mano de Qodar.

—¿Dónde está Wildo? — gritó el asesino.

La joven le miró serenamente a través de las lágrimas que empañaban sus ojos.

—No ló sé. Fue a la torre donde está la bomba y ya no le he vuelto a ver más.

¡Slash! ¡Slash!

La mano Qodar golpeó duramente el rostro de Delma, repetidas veces. Sin poderse contener, la joven sintió que se le doblarían sus rodillas y cayó al suelo.

—Todavía tengo tiempo de reparar los desperfectos y hacer que la bomba estalle. Pero antes, tú...

Delma cerró los ojos. No temía a la muerte, pero su gesto fue puramente instintivo. Aguardó expectantemente la oleada de inmenso calor que precedería a su rapidísima muerte.

Pero no ocurrió nada de ello. En su lugar, oyó un rugido de cólera y luego un seco chasquido. Asombrada, estupefacta, Delma abrió les ojos.

Qodar estaba en el suelo, desarmado, y en pie, con los puños aún crispados, contemplándolo con terrible furia, se hallaba Wildo. Delma no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

—¡Wildo! ¡Wildo!—gritó, de modo casi histérico—. ¡Has vuelto' ¡Estás aquí!

—Nena — sonrió él—; ¿acaso pensabas que podía abandonarte en manos de estos desalmados? Me orienté por el micro Geiger y

eso es todo. Pero, ¡espacio!, he corrido y he sudado como nunca en mi vida.

—¿Conseguiste lo que nos proponíamos, Wildo? — preguntó ella aun en el suelo.

Los dientes del joven brillaron en la obscuridad.

—¡Pues claro que sí!—exclamó—. ¿Qué te habías pensado?

Delma trató de hablar de nuevo, pero algo la interrumpió súbitamente. Aprovechándose de su momentánea distracción, Qodar se había incorporado repentinamente y echaba a correr.

—¡Se escapa, Wildo, se escapa!—gritó la joven—. ¡Persíguele, por lo que más quieras, o arreglará el detonador de la bomba!

Lanzando un rugido de ira, Wildo se puso en pie, pero tuvo la desgracia de tropezar a los pocos pasos.

Se retorció en el suelo, lanzando una serie de lastimeros ayes.

—¡Mi tobillo!—gimió—. ¡Me lo he destrozado!

Delma corrió hacia él.

—¡Wildo!

—Oh, qué mala suerte... Ese bandido se nos ha escapado y ahora... La noche le ayudará y llegará a tiempo a la bomba... Todo nuestro esfuerzo ha sido inútil. Delma. ¿Por qué te buscaste un tipo como yo que no sabe hacer otra cosa que estropear todo aquello en donde pone, la mano?

Ella trató de consolarle.

—No te preocupes. Wildo. Sabemos quién es y sus intenciones. Puesto que todavía tiene algún tiempo antes de llegar a la bomba, nosotros podemos anticiparnos a él y llegar a Stelia, en donde le desenmascararemos, impidiéndole sus siniestros propósitos.

—Sí —asintió Wildo pausadamente—. Creo que eso es lo mejor que podemos hacer, ¿no te parece? Por favor, ayúdame a levantarme.

* * *

Ciego de ira y de rabia, Qodar llegó a la torre, buscando frenéticamente la escalera metálica. Trepó por los peldaños de hierro, olvidando los tumultuosos latidos de su corazón, que parecía a punto de estallarle dentro del pecho, con la sola obsesión de reparar las averías producidas en los circuitos detonadores de la bomba.

Ganó altura rápidamente. Llegó al fin a la plataforma donde

estaba instalado el mortífero artefacto. Lo tanteó con las manos, percibiendo en el micro Geiger las radiaciones del plutonio. Buscó la tapa de la bomba con frenéticos movimientos de sus menos. Consultó de nuevo el micro Geiger.

Lanzó un alarido de angustia al ver el indicador de radiactividad. Los cabellos se le erizaron de pronto.

—¡No...! ¡No...!

Retrocedió un par de pasos. Súbitamente perdió pie y se inclinó de espaldas, hacia atrás.

Saltó fuera de la plataforma, intentando inútilmente asirse a algo. Volteó como un negro cuervo en el abismo de la noche. En una brevísima fracción de segundo lo comprendió todo.

Pero era ya tarde. Una brutal llamarada, de sesenta millones de grados de temperatura, lo abrasó en una, millonésima de segundo, antes de que su cuerpo tocara el suelo. Y luego el voraz resplandor de la primera bomba atómica fue el primer sol artificial provocado por el hombre.

* * *

Las siluetas de Wildo y Delma se reflejaron de pronto delante de ellos, en el suelo. La noche huyó, rapidísima.

—¡Los ojos!—gritó el joven, y ambos se colocaron los brazos delante de sus pupilas para protegérselos.

Estaban a suficiente distancia de la bomba para no temer sus mortíferos efectos, pero no dejaron de sentir el pavoroso trueno que provocó aquella colosal explosión. Cuando el ruido hubo pasado, Delma miró acusadoramente a su compañero de aventuras.

—Lo dejaste escapar deliberadamente, ¿verdad?

Wildo se frotó la mandíbula, sonriendo.

—¿Por qué no, Delma?

—Consentiste en que reparara el detonador de la bomba, pese a todas las órdenes recibidas. A nuestra llegada a Stelia tendrás que responder de todos tus actos. Créeme, no vas a salir tan bien librado como piensas, Wildo.

—¿No? Yo creo que me darán una medalla por haber castigado a Qodar como se merecía, ¿no te parece?

Las palabras del joven tardaron unos segundos en abrirse paso hasta la enturbiada mente de Delma.

—¿Cómo... has... dicho...?

—Sencillamente, que no estropeé ningún mecanismo de la bomba.

La presión arterial de Delma aumentó súbitamente.

— ¡Repite eso, Wildo! ¡Repítelo, te digo!

Wildo se encogió cansadamente de hombros, al decir:

—No es preciso, Delma. Compréndelo, es mejor que haya sucedido así. Cuando estaba allá arriba, en la plataforma, al lado de la bomba, medité durante mucho rato. Al fin decidí dejar que las cosas siguieran su curso natural, ¿sabes? No debemos interferir la historia del tiempo, sino, en todo caso, procurar que el que vivimos sea mejor de lo que es. Tarde o temprano, éstos u otros sabios acabarían por desintegrar el átomo como acaba de suceder; vendrán las bombas de mayor potencia; se provocarán guerras de carácter no solamente planetario sino interplanetario, en las cuales serán destruidos hasta la calcinación mundos enteros, y luego, la cordura y la comprensión penetrará en el corazón de los hombres. Delma, te ruego me comprendas. Dejé entender que había averiado la bomba solamente por castigar a Qodar, pero no hice nada; no podría haberlo hecho. ¿De qué habría servido mi esfuerzo, si luego…?

—Pero las predictoras, Wildo… —se defendió ella débilmente.

—Te dije en cierta ocasión que eras una mujer demasiado confiada en las máquinas. ¿Por qué no te fías más del corazón humano?

Ella le miró risueña, pasado ya en buena parte su enfado.

—¿Del corazón humano en general… o del tuyo en particular, Wildo?

El joven la atrajo contra su pecho.

—Del mío… y del de todos. Delma, Y no tendrás nunca motivo de arrepentirte.

Hubo una intensa pausa de silencio en el desierto. De pronto. Wildo pareció salir de su éxtasis.

—Vámonos, Delma. Hemos de regresar a Stelia, pero antes destruiremos el duplicado de la máquina del tiempo que se hizo construir aquel criminal.

Echaron a andar, cogidos de la mano. A lo lejos; se veía una pálida y grisácea luz, precursora del nuevo día.

De pronto, Wildo lanzó una exclamación, al mismo tiempo que se daba una palmada en la frente.

— ¡Espacio, qué olvidadizo soy! Delma, ya no me acordaba...

La joven le miró, muy intrigada. De uno de los bolsillos de su pantalón, Wildo sacó una caja negra, plana, cuyo interior refulgió al ser herido por la luz del alba.

Delma frunció el ceño.

—¡Esté es otro de los collares que siempre llevan las esposas de los Karvel?

Wildo sonrió;

Por favor, Delma, créeme; ahora ya de veras. Éste es el legítimo collar que usó mi madre.

Delma lo miró reluctantemente.

—¿No me engañas, Wildo?

—Oh, no. Te lo juro. Delma; los otros fueron... digamos diversiones, ¿sabes? ¿Me permites que te lo ponga?

Delma obedeció sonriente, volviéndose de espalda. Pero en aquel momento vio revolotear un cuadradito de cartulina blanca hasta el suelo,

—¿Qué es eso, Wildo?

—Oh, nada, nada de particular — contestó él, haciéndola girar de nuevo y tomándola por el talle—. Te sienta maravillosamente, Delma. Realmente estás encantadora.

Delma cedió.

—¿Tú crees? — preguntó con coquetería, y no opuso ningún obstáculo a que los labios del joven oprimieran dulcemente los suyos.

Entre tanto, Wildo movía el pie izquierdo, tratando de enterrar en el polvo del desierto aquel diminuto rectángulo de cartulina que se había caído cuando sacó el collar de la caja. En modo alguno le convenía que lo viera Delma.

No le convenía, porque si se hubiera enterado, habría armado la gran zapatiesta.

Pues aquella cartulina no era otra cosa que una etiqueta comercial; en la cual, con signos gráficos terrestres del siglo estaba escrito: «Made in U. S. A. Precio: $ 1,95».


FIN

Tan viejo como el tiempo

Por

MONTAGUE CARMICHAEL

Aquel picnic en el Valle de los Alpes podría haber estado mejor de no haber sido por la maldita manía, del capitán Spike Bridgeman, jefe del Destacamento de la Policía Lunar.

Spike y su esposa, una atractiva morenita que respondía al nombre de Agnes, habían ido a pasar unas cuantas horas a aquel lugar, con todos los aditamentos posibles para hacer más cómoda su estancia allí, incluyendo una tienda estanca de plástico con objeto de no tener siempre encasquetadas las escafandras de vacío, las cuales, pese al inevitable progreso de los tiempos, siempre resultaban engorrosas y difíciles de llevar, aun para los más avezados habitantes del satélite.

La manía del capitán Bridgeman consistía en querer meter las narices en todo, aun en lo que a los demás les parecía más inofensivo, y así, en uno de los momentos de distracción de Agnes, se puso a escarbar en el propio suelo de la tienda.

—¿Qué es lo que estás mirando?—preguntó ella, al cabo de unos momentos, muy intrigada por lo que hacía su esposo.

Spike continuó silencioso.

La tienda no había sido instalada en el propio Valle de los Alpes, sino en una de las grietas perpendiculares a éste, y que parecía un enorme fiordo o cañón, de estrechísimos muros, muy altos, casi completamente verticales, dejando ver a su final una delgada raja de cielo, tan retorcida como una serpiente dipsómana.

Agnes volvió a insistir, Spike entonces le señaló un trozo del suelo que parecía vidrio fundido, pero terriblemente sucio y lleno

de impurezas

—Date cuenta, nena— dijo. Esto sólo se produce cuando una nave aluniza, ¿sabes? Los chorros queman la tierra y la vitrifican y...

—¿Y te querrás callar, Spike? ¿Es que no sabes olvidar tu oficio y darte cuenta de que estamos gozando de un día de descanso?

—Ya, ya... — contestó él, algo meditabundo—. Pero esto a la mar de raro, nena. ¿Qué razón hay para que una nave alunice fuera del astropuerto, si no es que llega, y se marcha, por supuesto, de manera subrepticia?

—Ese condenado contrabando de diamantes lunares te va a hacer perder el sueño, Spike. ¡Y a mí la paciencia si no te olvidas inmediatamente de él! — le conminó enérgicamente la muchacha, pues Agnes era aún muy joven.

Spike asintió y la cosa no pasó a mayores. Pero el contrabando de diamantes lunares seguía y su desespero aumentaba a medida que pasaba el tiempo, pues no conseguía dar con la banda.

Así transcurrieron unos meses, hasta que de forma casi inesperada...

* * *

Spike cortó el encendido del motor de su «scooter»-oruga, y se apeó en la puerta del inmenso medio huevo de plástico que albergaba las oficinas del espaciopuerto. Pateó impaciente el suelo hasta que la esclusa de aire le fue abierta.

No perdió otro tiempo que el necesario para despojarse de la escafandra; se la echó bajo el brazo y con el traje espacial aún puesto, corrió hacia las oficinas.

—¡Krilov! — llamó, y el empleado que andaba por allí afanado en los pasajes Luna-Tierra, alzó la cabeza.

—¿Qué hay, Spike? ¿Qué mosca te ha picado?

El aludido bramó de cólera. .

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Dónde demonios esta Agnes?

El lápiz de Krilov señaló hacia un punto de la amplia sala de espera, donde, sentada en un muelle butacón, estaba Agnes. La joven se escudó tras el último número de «Life» (*Edición especial para la Luna y sus habitantes*). Spike cogió la revista y la arrojó bruscamente a un lado.

¡Eres un grosero, Spike! —le dijo ella.

Agnes, cancela ese maldito pasaje y vuelve a casa

—Ni lo sueñes — le espetó la muchacha, adelantando voluntariosamente la mandíbula. Estoy harta de la Luna, ¿te enteras? Quiero volverme a la Tierra; echarme de bruces sobre el verde césped que bordea un río murmurante, a la sombra de los árboles, quiero aspirar el perfume natural de las flores no de éstas que crecen en los odiosos jardines hidropónicos; quiero... Bueno, Spike, si tú lo sabes tan bien como yo, ¿para qué me haces hablar tanto?-

—Agnes — dijo él con graves acentos—, eres mi esposa Prometiste no abandonarme...

—Y tú me prometiste unas vacaciones de un año en la Tierra... hace cuatro. ¿Lo recuerdas?

—Mi trabajo... — se defendió él.

—Tu trabajo puede tomarlo otro, Spike. Nadie es imprescindible en este mundo, Dime, ¿qué haces tú que no pueda hacer el teniente McGrogan? Y si éste no es capaz, que envíen a otro capitán. Pero yo estoy más que harta de este panorama de piedras y cúpulas de plástico, Spike, harta hasta la coronilla, y no quiero aguantarlo ni un solo día. Si sabes lo que te conviene, pide el permiso. De lo contrario...

Spike miró un instante a través del transparente muro, el arrebatador paisaje lunar que tenía a alcance de su vista. El sol se estaba poniendo tras el Monte Pico, y sus últimos rayos, antes de sumergirse en la noche de catorce días terrestres, iluminaban como diamantes, de un brillo y una refulgencia excepcionales, las crestas de los Apeninos. El borde oriental del Mar de las Lluvias aparecía cortado en dos por la línea que separaba la luz de la sombra, aunque ésta era mucho menos intensa de lo que cabía esperar, dada la Iluminación refleja de la Tierra, sesenta veces superior a la del satélite.

Spike sacudió la cabeza. No comprendía que hubiera en el mundo persona a quien no le pudiera agradar aquella sobrenatural belleza que a él le extasiaba, sumiéndolo en un mundo totalmente distinto. Intentó un nuevo esfuerzo.

—Pero, querida...

—No hay «querida» que valga. Tengo ya el pasaje adquirido, y no pienso renunciar a él, por mucho que te empeñes.

—¿Olvidas que soy tu esposo? — gruñó él.

—Mi esposo no puede retenerme aquí contra, mi voluntad.

Pero sí el capitán de la policía, por irregularidades en el pasaporte, ¿entiendes?

Agnes se puso en pie, roja de indignación.

—¿Serías capaz de hacer eso? _ inquirió

—Por retenerte a mi lado...

A una esposa se le retiene con cariño Spike no con coacciones. De todas formas, hazlo si quieres, toda la Luna soltará una gigantesca carcajada cuando lo sepa. Y yo me encargaré de que eso suceda.

Spike masculló un taco. Lo que decía Agnes era el Evangelio. Dejándola ir salvaba su prestigio de hombre — ante los demás, claro —. «Su madre, ¿sabes? No se encontraba bien y...» Pero de la otra forma, lo menos que le llamarían sería Barba Azul o Landrú o...

Apretó los puños, furioso.

—¡Está bien! — gritó casi—. ¡Lárgate! ¡Lárgate y que te divier.,.!

La metálica voz de los altoparlantes le interrumpió:

—¡Capitán Bridgeman! —¡Capitán Bridgeman! ¡Le llaman urgente desde la Central de Policia! ¡repito, es muy urgente!...

Olvidando todas sus preocupaciones, Spike salto hacia la cabina telefónica más próxima, Las noticias que le dieron no eran precisamente para acabar de devolverle su buen humor habitual.

—Se ha cometido un asalto en la joyería Levry & Shropstein, en la esquina de Kepler y Comas Sola, en el Conglomerado Octavo, Jacopus Shropstein esta muy mal herido y no ha podido hablar, pero se sabe que los atracadores se llevaron consigo un buen fajo de billetes y... Son muy peligrosos, van armados y no titubearán en abrirse paso aunque sea por la fuerza... Se dirigen hacia...

Spike sabía ya hacia dónde se dirigían los tipos. También sabía lo que había ocurrido. Levy & Shropstein hacía tiempo que le eran sospechosos de andar en el ajo de los diamantes, aunque nunca les había podido probar nada. Eran muy astutos, pero abona, indudablemente, un granito de arena se había introducido en los bien lubricados engranajes de su delictiva maquinaria, estropeándosela.

Spike no catalogó el asalto como un vulgar atraco Estaba seguro de que se trataba de un ajuste de cuentas entre pandilleros, y

seguramente el fajo de billetes que se habían llevado los atracadores había sido la compensación de algunas de sus remesas no pagadas. Ahora se encaminarían hacia su cohete, y se perderían en el espacio, hacia la Tierra, antes de que les pudieran echar el guante. Y de que no había sitios en la Tierra donde aterrizar de incognito una pequeña astronave, pese a todas las vigilancias habidas y por haber.

Seguro de sí mismo, Spike avistó dos horas más tarde la entrada del Valle de los Alpes, dejando tras sí una espesísima estela de polvo levantado por las cadenas del oruga. Estuvo a punto de lanzar un aullido al ver, delante de él, el monótono trazo de otro oruga, más ancho que el suyo propio. Debía ser un «scooter» de gran potencia, triplaza con toda seguridad. Dos hombres habrían dado el golpe y el tercero les había aguardado en la esclusa de aire. Como si lo estuviera viendo, vamos.

Se metió de lleno en el Valle. Diez minutos más tarde, vio torcer bruscamente, en ángulo recto, a su izquierda, la huella del «scooter», rió fuertemente al ver confirmadas sus presunciones.

Viró ceñidamente, metiéndose en el mismo cañón en que Agnes y él estuvieran de picnic varios meses atrás. Se alegró de haber estudiado entonces las huellas de la tierra vitrificada por los alunizajes.

El primer síntoma de la existencia de los «gangsters» lo tuvo cuando una bala le hizo polvo la antena de radio de su traje, con lo cual quedó privado de comunicación con su base. Se tiró al suelo, saltando del oruga aún en marcha, y voló literalmente hacia un grueso pedrusco, que fue acribillado instantáneamente a tiros. Los fragmentos de roca volaron silenciosamente amenazadores, propicios a rasgarle el traje en cualquier momento.

La astronave, sonrió al verla, estaba allí Era un bote volador, velocísimo, de poco radio de acción capaz solamente para el trayecto Luna-Tierra, pero pudiendo recorrerlo en mucho menor tiempo que otra nave cualquiera, a costa, lógicamente, de un ingente derroche de combustible. Notó en la trepidación del suelo los prolegómenos del calentamiento del motor, que escupía gruesos chorros de rojos gases, vitrificando la tierra.

Asomó la mano y largó una andanada. Sus gruesas balas levantaron turbiones de roca, pero inútilmente. Los bandidos

estaban convenientemente parapetados, hasta tanto el piloto les avisara podían subir a bordo. Y Spike no podía impedírselo, porque en un momento estarían arriba, con toda facilidad, ya que la escotilla de acceso se hallaba situada en el lado opuesto.

El forajido corrió hacia el bote, ocultándose antes de que Spike pudiera hacer algo. Quedaba otro, clavándole allí, tras la roca, con sus incesantes disparos. Spike se hubiera mordido los puños de rabia, de habérselo permitido los gruesos trajes de la escafandra espacial. Y, para mayor abundamiento, tenía la radio averiada y no podía pedir socorro.

El tercero de los pandilleros corrió, ocultándose a su vista. Spike se puso en pie y saltó hacia adelante. Pero en aquel momento, ocurrió lo imprevisto.

El forajido no había trepado a la nave. Su maniobra había sido puramente una engañifa, y surgió ante los atónitos ojos del capitán, antes de que éste tuviera tiempo para reaccionar. El bandido apuntó y disparó.

Spike sintió un tremendo golpe en la escafandra que lo derribó por tierra, y al instante advirtió una angustiosa falta de aire.

¡La bala disparada por el atracador le había perforado el casco!

Procuró contener la respiración, al mismo tiempo que tanteaba frenéticamente el casco en busca del orificio por donde se le iba el gas tan vital que era el aire. Los gruesos guantes se lo impidieron y muy pronto, además del frío glacial del espacio que se le colaba en el interior del traje, notó que perdía el conocimiento. Se advirtió en la antesala de la muerte.

Rojas burbujas aparecieron ante sus pupilas. Un bramador vértigo atronó sus tímpanos. Desfalleció.

Lo último que vio fue algo insólito, inesperado.

El suelo trepidó con violencia cuando una enorme masa de rocas cayó de lo alto de la grieta sobre el bote, que aún no había despegado. La diminuta astronave se volcó de costado y sus chorros desaparecieron casi al instante. Más rocas continuaron cayendo sobre el artefacto, pero ya Spike no lo podía ver.

* * *

Spike despertó mucho tiempo más tarde, y en los primeros momentos, el rostro de su esposa, sonriente, aunque un tanto lacrimosa, le pareció el de un ángel.

—¿Qué me ha ocurrido? ¿Dónde estoy?

El teniente McGrogan contestó en lugar de Agnes.

—Sencillamente, capitán, que tiene usted una suerte loca y una esposa maravillosa. Ganas me daban de destapar los agujeros de su casco y dejarle morir, para casarme con su viuda.

Spike lanzó un gruñido. McGrogan se echó a reír y continuó:

—Su esposa, capitán, salió detrás de usted y se apoderó de un «scooter» perteneciente al astropuerto. Como le conoce, antes le había pedido a Krilov una pistola, y llegó en el momento justo en que usted caía. Se dio cuenta de que los bandidos iban a escapar y, creyéndole muerto, trató de vengarle.

—¿Tú hiciste eso por mí? — inquirió Spike, mirándola.

Ella desvió la vista, muy colorada.

—Es algo tan viejo como el tiempo, capitán. ¿Ha oído hablar de le hembra de la especie? Es siempre más peligrosa que el macho. Su mujer, viendo que no podía hacer nada, puesto que sus balas rebotarían en el metal de la nave, disparó contra lo alto de la grieta, provocando así un derrumbamiento de rocas que hizo volcar el aparato. Lo demás... —McGrogan expulsó el humo de su «cigarrillo.. y sonrió—, fue la mar de fácil.

—¿Y los bandidos?

—Atrapados capitán, y en espera de ser juzgados por contrabando de diamantes lunares Shropstein saldrá de ésta, tiene muy coriáceo el Pellejo, Pero a él y a su consocio ya se lo ablandaran en New Sing-Sing. Les ha caído a todos una buena condena encima.

Spike desvió la mirada y alargó su brazo, tomando el de su esposa.

— Agnes...

—¿Qué? —susurró ella.

— Nos vamos mañana mismo a la Tierra. Un año, de vacaciones.

Ya será algo más largo, capitán —rio McGrogan—. Lo han ascendido, ¿sabe? Está destinado a una oficina, allá abajo.

Snike notó que los cabellos se le ponían de punta.

—¿Yo? ¿A una oficina? Pero, pero...

Se calló. Miró a Agnes y sonrió.

—Bueno eso es lo que tú querías, ¿no?

Ella se inclinó sobre él, estrechándolo en sus brazos. Murmuró

unas palabras al oído de su esposo Spike lanzó un grito qué sobresalto, al teniente.

—¡Claro que sí! ¡Que nazca en la Tierra, claro! — Y beso a su esposa tiernamente comprendiendo ahora la actitud de la joven.

Pero para sus adentros, Spike estaba pensando: «Que nazca en la Tierra, bueno; pero en cuanto empiece a andar… ¡los tres nos volveremos a la Luna!»

FIN

NUESTROS RECORDATORIOS CON SONRISA



BRUJA MODERNA

¡Por fin! ¡La más escalofriante narración de H. S. THELS!

Vampiro estelar

Un Congreso Femenino Internacional interrumpido por la llegada de un inquietante vampiro.



¡CRUELDAD, VIOLENCIA, ODIO Y AMBICIÓN originan las guerras!

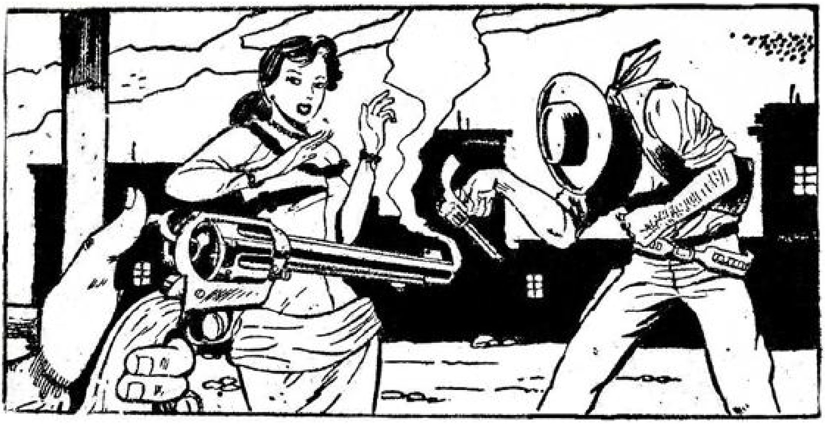
Éstas exigen al contendiente que ansía la paz altas cualidades morales:

SACRIFICIO, VALOR, INTEGRIDAD, CORAJE. ¡TODAS LAS HEROICAS HAZAÑAS BÉLICAS QUE REALIZA EL ATORMENTADO HOMBRE DE NUESTRO ENLOQUECIDO MUNDO CONSERVAN TODAVÍA ALGO QUE LO ELEVA POR ENCIMA DE LA MAQUINA CON QUE MATA!

¡Conózcalo usted, siguiendo cada una de las contiendas universales, desde la Guerra Mundial, al último levantamiento, a través de la única colección de novelas que se lo narrará con toda emoción y verismo...!

Hazañas Bélicas

¡Adquiera el último número publicado, con la se-
guridad de que su detonante relato es una epopeya
de heroicidad, fuego y violencia, que conmoverá su
espiritu!



¡Bang!

¡Bang!

¡Bang !

¡Bang!

¡Bang!

¡Bang!

Seis tiros seguidos!

Aquel arma era una verdadera maravilla,

¡Con ella en la mano un hombre valía por seis!

La heroica historia del salvaje Oeste vio su curso violentamente influenciado por la terrible y mortal eficacia del revólver de seis tiros en manos de pistoleros, coloniza- dores y hombres de la Ley.

¡LAS MEJORES Y MÁS EMOCIONANTES AVENTURAS EN LAS QUE AQUELLA NUEVA ARMA DEJÓ OIR SU MORTÍFERA Y ENSORDECEDORA VOZ, PODRÁ USTED HALLARLAS EN LA FAMOSA

Colección Seis Tiros

¡CUANDO LEA USTED EL NÚMERO CORRESPONDIENTE A ESTA SEMANA QUEDARÁ CONVENCIDO DE HABER HALLADO UNA LECTURA VERDADERAMENTE INTERESANTE Y AMENA!

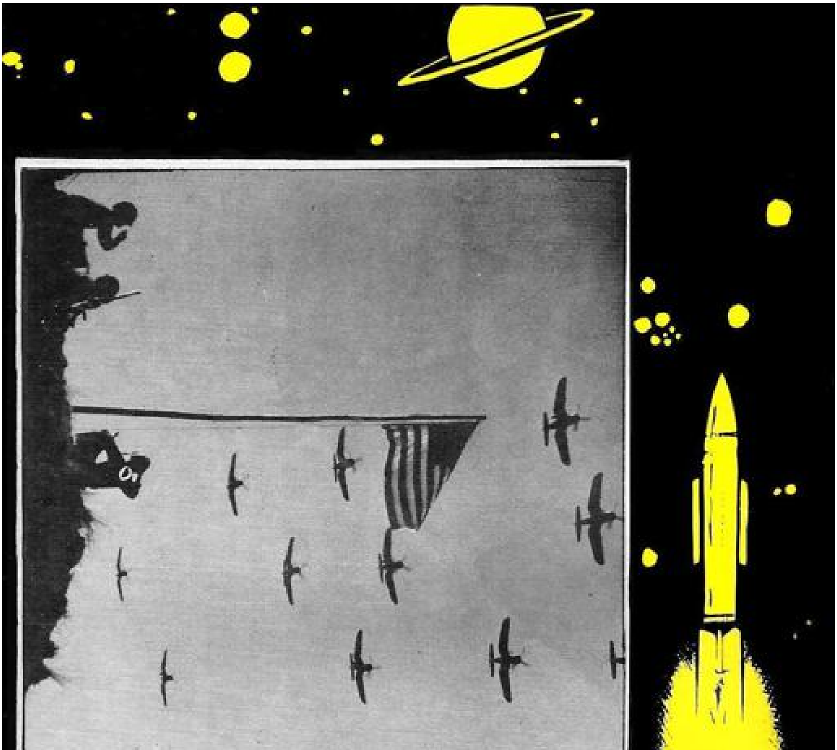
ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

1. — La astronave fantasma. — Law Space
2. — Guerra de universos. — H. S. Thels
3. — Peste de plata. — Clark Carrados
4. — Nosotros, los marcianos. — Law Space
5. — Volver a empezar. —H. S. Thels
6. — ¡No salgamos al espacio! —Law Space
7. — Las blancas nubes de Venus. — Clark Carrados
8. — La tiranía de los robots. — Law Space
9. — Intriga en el cosmos. —Red Arthur
10. — Ha nacido un satélite. — Clark Carrados
11. — Bajo la capa mortal. — S. S. Kent
12. — El pueblo oculto de Kon-Tiki. — E. Texeira
13. — La palanca del tiempo. — Law Space
14. — Las estrellas nos atacan. — Clark Carrados
15. — Los esclavos de Silón. — Red Arthur
16. — Materia negativa. — H. S. Thels
17. — La pesadilla de los hipogeos. — Law Space
18. — ¡Se acaba la elíptica! —H. S. Thels
19. — Una princesa de Sirio. — Clark Carrados
20. — Vagabundos del infinito. —Red Arthur
21. — La fauna del Espacio. — H. S. Thels
22. — Conflicto estelar. — Clark Carrados

1. — La bestia informe. — Law Space
2. — Memorias de una máquina. — Clark Carrados
3. — Mensaje al Universo. — Louis G. Milk
4. — ¡Voces en el Espacio! —H. S. Thels
5. — Revolución en el Sistema. — Clark Carrados

1. — El juego de la muerte. — Red Arthur
2. — Policía sideral. — Clark Carrados
3. — Invasores de la Tierra, — Johnny Garland
4. — Extraños en la Luna. — Eduardo Texeira
5. — Un yanqui en la corte del rey Marciano. — Law Space

6. — El planeta perdido. — Louis G. Milk
7. — El oro de las estrellas. — Clark Carrados
8. — La guardia del tiempo. — *Louis G. Milk*



Escena de la GRAN JORNADA, de
20th Century Fox, Cinemascope

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos